LA RECONCILIACION Ó LOS DOS HERMANOS:

DRAMA EN CINCO ACTOS:

SU AUTOR

KOTZ-BÜE,

TRADUCIDO DEL ALEMAN AL FRANCES, Y DEL FRANCES AL CASTELLANO

POR D. F. N. DE R.

PERSONAS.

Felipe Beltran, *Recaudador de Rentas.* } Gemelos.
Francisco Beltran, *antiguo Capitan de Navío.* } Gemelos.
Carlota, *hija de* Felipe Beltran.
El Doctor Blum, *Médico.*
Raffer, *Abogado.*
El Conde de Sonnenstern.
El Ama *de gobierno de* Francisco Beltran.
Juan Buller, *antiguo marinero.*
Trogot, *zapatero.*
Ana, *vieja, criada muy antigua de* Felipe Beltran.
Un Criado del Capitan.

La Escena es en una Ciudad de Alemania.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una calle apartada del arrabal: sobre la izquierda se ve una hilera de casas, y á la puerta de una de ellas un banco: árboles á la derecha, y en el fondo un campo.

ESCENA PRIMERA.

Trogot, sentado en un escabelillo á la sombra de los árboles haciendo unos zapatos de muger, canta:

Al magnate en su pompa y recreo
No lo creo feliz ni dichoso;
Que afanoso en su rico aparato
Sabe bien dó le aprieta el zapato.

No zahiero una suerte envidiable,
Aunque estable por siempre le vea,
Porque el hombre, mintiendo en su trato,
Sabe ocultar dó le aprieta el zapato.

ESCENA II.

Trogot Ana. *Ana sale con una escoba, y barre la puerta de la calle.*

Trog. Buenos dias, vecina.
Ana. Téngalos usted muy buenos, Trogot.
Trog. Cómo está su amo de usted?
Ana. Esta noche ha dormido muy bien: cada dia adelanta un poquito.
Trog. mucho me alegro de eso, siquiera por la amable señorita.... y por usted tambien, vecina.
Ana. Viva usted muchos, que como soy que no habia de dar tan ahina con otros amos tan buenos; y aunque esto de la comida es verdad que anda como Dios quiere, se cose una muger la boca quando come lo mismo que los amos: y si lo que hay se reparte amigablemente, nadie repara en si es poco ni mucho: por ahí andan muchas criadas que ganan mas salario; yo bien lo sé, y que gastan camisas de seda; pero tambien tienen unas amas tan fastidiosas, que nada las gusta de quanto hace la criada. Si se han de prender un alfiler se le quitan y ponen doscientas veces, y para cada pliegue del pañuelo dan tantas vueltas que.... vaya.. si no hay paciencia: bien haya mi señorita, que no necesita de nadie para vestirse.
Trog. Pues, y qué me dirá usted de su agrado?
Ana. Jamas la he oido cosa que pueda ofender á alma nacida.
Trog. Cómo es posible? de boca tan linda no pueden salir sino gracias.
Ana. Nunca la he visto enfadada. Miéntras la larga y cruel enfermedad de su padre no la oiria usted chistar: por nada de este mundo pierde su serenidad ni su bondad angelical. Si usted supiera quantas noches ha pasado en claro á la cabecera de su padre!... todo lo habia de hacer ella.... ni aun de mí se fiaba! así que daban las diez, Ana, me decia, váyase usted á acostar: yo al principio me iba con cuidado; porque ya se ve, aunque su voluntad era la mejor del mundo, podia como muchacha dormirse, y no despertar aunque se hundiera la casa. Pero sí.... nada ménos que eso; pues si alguna vez se quedaba traspuesta, aun no bien tosia su padre, quando ya estaba lista y dispuesta á servirle.
Trog. Semejante virtud no puede quedar sin recompensa!
Ana. Pues no es eso solo, sino que por tener algun quarto ahorrado se ha estado matando á trabajar hasta haberse decentado los dedos á puro coser. Veinte veces se hubiera muerto de hambre su anciano padre en un invierno tan riguroso como este si no hubiera sido por esta hija incomparable.
Trog. Oh! Bien lo creo. Si solo de verla me da gana de trabajar...
Ana. Quando estaba tan malito que no daba yo por su vida un quarto, se iba á los rincones, y allí de rodillas, y llorando, rogaba á Dios por la salud de su padre; pero lo mismo era sentir que la llamaba, al instante acudia, y con tanta serenidad como si tal cosa: pobrecita!... quanto trabajo la costaria reprimirse!
Trog. No me admiro de que su padre haya escapado de las garras de la muerte; si la cara de su hija es capaz de resucitar un muerto.... pero en el dia se halla enteramente bueno?
Ana. Yo creo que sí.
Trog. No, pues todavía tose mucho, que yo le oigo algunas veces desde mi quarto.
Ana. Toser si señor, pero el Médico.... el Doctor Blum, nos da esperanzas de que muy pronto le quitará enteramente la tos; porque dice que quando un corazon está sano, siempre hay mucha tela de que cortar.
Trog. Y dice bien: quando el corazon está sano....
Ana. No: por esa parte no tiene mi amo que temer: yo le conozco desde que era chiquirritito.... siempre ha tenido un corazon tan bueno... el cielo se le ha conservado no dándole riquezas que se le corrompan; que.... quién sabe si con ellas hubie-

biera llegado á ser un avaricioso como su hermano ?

Trog. Con qué es rico su hermano, eh ?

Ana. Ahí es nada !... Como que en tiempo de la guerra llegó á juntar.... sabe Dios cómo !... un caudal.... vaya.... muy grande.... y sin embargo es tan perro, que ve enfermo y necesitado á su hermano, y para él como si no lo fuera.

Trog. Pues en todas partes se dice bien de él....

Ana. Esa fortuna tienen los ricos que nunca hacen nada malo.... pero Dios le libre al pobre de deslizarse un poco, que no faltará quien se le eche encima, y le ponga de oro y azul.

Trog. Muy raros son los hombres, vecina: no sé que gusto tienen en que les aborrezcan, quando parece que debia ser al reves.... porque el verse un hombre aborrecido.... vaya... es la cosa mas mala...

Ana. Bueno está eso; y hay hombre que se chupa los dedos oyendo hablar mal de otro.... y luego va haciendo platillos por toda la vecindad, y lo cuenta con tanto gusto, que es por demas como se saborea.

Trog. Y es verdad que los dos hermanos traen pleyto ?

Ana. Pues no ha de ser verdad ?.... ya se ve que sí... mas ha de quince años.... Y sobre qué le parece á usted ?... sobre ese jardinillo que está ahí cerca al pie de la montaña, que apénas valdrá cien escudos.... no sé como no se le cae la cara de vergüenza á ese viejo de ese Capitan siendo un hombre tan rico !... Quién me lo dixera quando yo era su aya!... él sí que era vivaracho, y de genio fuerte; pero á vuelta de eso tenia buen corazon, ¡mejorando lo presente.

Trog. Yo creo que se ablandaria si viera á la señorita Carlota....

Ana. Pobrecita ! desde que tenia tres años no la ha visto.... Si huyen los hermanos el uno del otro !...

Trog. Por qué no va ella á su casa ?

Ana. A su casa ?... á qué ?... á baxarse.... y acaso á sufrir quatro sofiones de su ama ?.... eso si que no.... no está ella enseñada á eso.

Trog. Eso y mucho mas se hace por tener paz !

Ana. Hasta ahora nos hemos mantenido con honradez.... tenemos buenas manos para trabajar y mas aprovecha lo poco que una gane, que lo mucho que le den.

Trog. Pues ya se ve.... y mas quando los amos son tan buenos.... Querrá usted creer que desde que la señorita Carlota vive en casa, me parece que soy mejor trabajador ?... Yo no sé que se tiene.... ántes siempre me estaba mi padre llamando holgazan, y ahora nada.... nunca me habia palabra.... la presencia sola de la señorita me da gana de trabajar.... y á eso vengo todos los dias aquí baxo de los árboles, porque sé que tiene gusto de sentarse en este banco los dias que hace buenos.

Ana. Yo creo que no tardará mucho en baxar.

ESCENA III.

Los dichos, *y el* Conde de Sonnenstern.

Este cruza la Escena vestido de petimetre, y luego que repara en Ana *la dice en voz alta, como exclamando:*

Ah ! mi querida abuelita! tenga usted buenos dias.... cómo tan sola.... se ha levantado Carlotita?

Ana. Es regular.

Cond. Baxará luego ?

Ana. Naturalmente.

Cond. Sabe usted si ha leido el libro que la truxe el otro dia ?

Ana. A lo ménos le ha empezado.

Cond. Y diga usted: qué la parece ?

Ana. Ni bien ni mal.... solamente dice que hace llorar mucho.

Cond. Tanto mejor; como que es un libro hecho para corazones nobles y sensibles.

Ana. Pues qué es absolutamente preciso llorar para sentir ?

Cond. Una jóven ha nacido para amar, y por consiguiente para derramar lágrimas : pero dexemos esto : cómo está el viejo ?

Ana. Qué.... tiene un temperamento de hierro.

Cond. En verdad que no sé para qué con tantos trabajos vive en el mundo.

Ana *irónicamente.*

Con efecto : quanto mejor le fuera despacharse á salir de él ; y dexar legada á V. S. su hermosa hija.... no es verdad ?

Cond. Oh ! sí de buena gana aceptára el legado , aunque fuera cargando tambien con el aya.

Ana. Para que anda V. S. con rodeos: si quiere á mi ama hay mas que arrestarse á pedírsela á su padre.... como corresponde.... acaso se la dará en sus dias.

Cond. Ya se vé. (*Con admiracion irónica.*)

Ana. Y si V. S. no lo hace es señal de que la quiere bien poco.

Cond. No siempre se puede todo lo que se quiere.

Ana. A lo ménos quando no se puede hacer bien , se debe evitar el hacer mal.

Trogot *canta miéntras dura esta conversacion ; y cada vez que oye al* Conde *alguna cosa que le desagrada, levanta mas la voz.*

Cond. Que ideas tan raras !

Ana. Acaso piensa V. S. que no merece ser Condesa?

Cond. Oh! si : sin duda haria la mejor Condesa del mundo.

Ana. Ya veo que le parecerá á V. S. demasiado pobre?

Cond. No por cierto : la pobreza á nadie deshonra.

Ana. Esa es una máxima que todos los hombres tienen en la boca , y ninguno en el corazon.

Cond. A propósito.... teneis necesidad de dinero?

Ana. Mucho que sí.

El Conde *ofreciéndola un bolsillo.*

Pues tome usted.

Ana. Nosotras necesitamos dinero ; pero de ese no.

Cond. Y por qué?

Ana. Porque es demasiado mirado mi amo para recibir.....

Cond. Pero yo no se lo doy á él , sino á su ama.

Ana. Pues sepa V. S. que aunque no gano mas que doce escudos al año, no me falta el Domingo quando voy á la Iglesia una pieza de dos qoartos que echar en el cepillo de los pobres.

Cond. Pero óigame usted señora, y atienda á razones. Su ama de usted es un tesoro , y usted la guarda ; y como un dragon vomita llamas y fuego, así.... (*Mira detras de sí.*) Pero ¿quién es este vocinglero que está detrás de nosotros desgañitándose como un ciego?

Ana. Uno que canta, y nadie se lo puede estorbar

El Conde *echando á* Trogot *una moneda de plata.*

Eh! Amigo , vete á beber á nuestra salud, que ya tendrás seca la garganta.

Trogot *coge la moneda , la mira , y la clava en la mesilla.*

Cond. Qué es lo que haces, bribon!

Ana. Ja ! ja ! justamente ha hecho lo mismo que nuestro vecino el tendero, que quando le dan alguna moneda falsa clava en el mostrador.

El Conde *á* Trogot.

Qué es lo que has hecho?

Trogot *cantando.*

„Muy bien sabe cada uno donde el
„zapato le aprieta.”

Ana *riendo.*

Déxele V. S. en paz.... Si es sordo....

Cond. Mira que malo ! Oxalá fuera tambien mudo ! — Pero aquí está ya Carlotita.

ESCENA IV.

Los Dichos *y* Carlota.

Carl. Ha acabado usted , querida Ana?... Mi padre ya va á baxar.

Ana.

Ana. De veras?

Carl. Sí, gracias á Dios: hoy baxa por la primera vez.— Hace tan buen dia! y está tan templado el ayre! (*Semblante alegre.*) Buenos dias Trogot: (*Con circunspeccion.*) Señor Conde....

Trogot *se quita su gorro con un ademan respetuoso. Miéntras* Carlota *está presente olvida el trabajo por estarla mirando; y por los movimientos de su semblante se conoce que se interesa en la conversacion.*

Cond. Ya iba á enfadarme, hermosa Carlota, pero con esa dulce mirada se ha disipado mi enojo.

Carl. Enfadarse! y por qué?

Cond. Porque ese majadero de ese sordo le deba á usted mas que yo.

Carl. Sordo! Si este es el hijo del dueño de la casa.... y por cierto que es un mozo muy honrado y pacífico.

Cond. Pues es muy extraño que siendo pacífico se le tenga por honrado.

Carl. La virtud no quiere ruido.

Cond. La virtud es hija del amor; y el hombre que ama, siempre es virtuoso y bueno.

Carl. Eso no sabia yo.

Cond. Pues sí señora: así como el sol vivifica las semillas de las plantas en el seno de la tierra; así el amor las semillas de las virtudes en el corazon humano.

Carl. Pues yo por mí creo que muy bien se puede tener virtud sin conocer el amor.

Cond. Eso es imposible, Carlotita. Solo el amor es el qué da estimacion á la virtud.

Carl. Sin duda que V. S. habla del amor á la humanidad.

Cond. Pues qué, ha renunciado usted á qualquier otro amor?

Carl. Quién pregunta eso á una doncella, que no tiene por junto mas caudal que un padre á quien ama y venera? Ah! tome V. S. parte en mi regocijo. Mi padre va á baxar por la vez primera despues de su cruel enfermedad.... Viene á respirar el ayre fresco de la mañana: aquí mismo á la sombra de este tilo desde donde veia como mal anuncio caerse las hojas de los árboles en el otoño. Si supiera V. S. quánto ha padecido, y quántas cosas le han hecho falta!

Cond. Falta! usted tiene la culpa.

Carl. Yo la culpa?

Cond. Sí señora: pues no ha desdeñado usted mis auxílios?

Carl. Pues qué, tambien es V. S. médico?

Cond. Los cuidados suelen afligir mas que las enfermedades.... y podia usted habiéndoselos evitado....

Carl. Yo no le entiendo á V. S. señor Conde.

Cond. Sí, por exemplo, ennobleciendo con un buen uso las rentas que de la casualidad he recibido.... si yo ofreciese á una doncella virtuosa los socorros necesarios al alivio de su pobre padre, enfermo, y....

Carl. Entónces la hija debia presentar á su padre un hombre tan generoso.

Cond. Y si él queria poner los efectos de su caridad mas bien en manos de la hija...

Carl. Ella debia no admitirlos.

Cond. Esto es.... despreciarle.

Carl. El no admitirlo no era despreciarlo; porque V. S. sabe que una doncella está obligada á tener ciertos miramientos....

Cond. Pero á lo ménos no se desdeñará usted de admitir esta rosa.

Carl. Bien: justamente es mi padre muy amante de las flores: hoy son sus dias: voy á regalársela.

Hácele una cortesía: otra á Trogot *con la cabeza, y se mete en casa.*

Ana. Señor Conde: si á V. S. le hace mucho peso el dinero.... mas abaxo vive un pobre pescador ciego.... puede V. S. ir á socorrer su pobreza.

(*Se entra en la misma casa*).

ESCENA V.

El Conde de Sonnenstern *y* Trogot.

Cond. Vive Dios que estas mugeres se bur-

burlan de mí.... la muchacha no tiene educacion ni talento.... si yo pudiera conseguir siquiera que leyese novelas: sin este arbitrio es casi imposible asaltar el corazon de una Jóven. — Pero no podré sacar partido de este bruto de este sordo?.... él vive en la misma casa.... (*á* Trogot.) Escucha, amigo.

Trogot *sigue trabajando, y hace como que no le oye. El* Conde *le grita al oido.*

Amigo.

Trogot *como asustado.*

Qué significa eso?

Cond. Poco á poco.... no te alteres.... sabes tú con quien hablas? sabes que estás hablando con un Conde?

Trog. Sabe usted hacer zapatos?

Cond. Habrá majadero!

Trog. Pues qué es lo que usted sabe?

Cond. Darte una tunda de palos si no hablas con mas cortesía.

Trog. Dar una tunda de palos!... pues eso lo sabrá hacer un zapatero tan bien como un Conde.

Cond. Oye : — quieres ganar dinero?

Trog. Ya se ve que quiero : quién ha de escupir eso? — Pero supongo que ha de ser por camino derecho.

Cond. Del modo mas fácil del mundo.

Trog. No siempre es el modo mas fácil el mas honroso. — Necesita V. S. zapatos ?

Cond. Querrás tú encargarte de llevar una carta?

Trog. Adónde, al correo?

Cond. No.... aquí.... á esta casa.... á la señorita Carlota; pero ha de ser á hurto de la vieja.

Trog. Bien.... sí señor.... démela V. S.

Cond. De qué modo te has de gobernar?

Trog. Se la entregaré á su padre.

Cond. Habrá bestia!

Trog. Pues qué tiene de malo el que un padre sepa lo que se escribe á su hija?

Cond. Ven acá, bruto : te necesitaba yo á tí si quisiera que él lo supiese?

Trog. Señor Conde : pues si V. S. necesita un pìcaro, para que echa mano de un tonto.

Cond. Este beliaco es de muy cortos alcances! ni tiene crianza, ni.... (*Con viveza.*) Ah, ja! ja! aquí viene mi hombre.... Yo apuesto á que este me entiende á media palabra.

ESCENA VI.

Los dichos, y Raffer.

Cond. Buenos dias, vecino : qué á tiempo llega usted!

Raf. Ya sabe V. S. que soy su humilde servidor, señor Conde.

Cond. Yo sé que usted es un hombre con quien se puede contar para todo.

Raf. Un hombre de bien.... como todo el mundo sabe.

Cond. O lo cree á lo ménos.... que viene á ser lo mismo.

Raf. Explíqueme V. S. eso, señor Conde, que no lo entiendo.

Cond. Mire usted : hay dos clases de hombres de bien: unos lo son en realidad, y otros pasan por tales.

Raf. Malos principios!

Cond. Pero con ellos se gana honra y provecho.... no es así?.... y á usted no le ha ido mal con ellos, y si no, dígalo ese ombliguito de Emperador chinesco.

Raf. Ya veo que tiene V. S. gana de divertirse.... yo estoy tan ocupado.... traigo entre manos unos asuntos tan urgentes.... que...

Cond. Pensando estoy yo encargar á usted otros que no lo son ménos, sin que para hacerlo me intimide esa panza, esa peluca, ni ménos esa fria y estoyca virtud.... Claro.... yo quiero que usted sea correo de mis amores.

Raf. Un criado de V. S. solo espera que le mande.

Cond. Y como para ser buen correo es preciso estar bien montado, desde luego le regalo mi hermoso caballo bayo.

Raffer *con precipitacion.*

Quál!... el que V. S. montó ayer?

Cond. Sí:... aquel que se encabritaba

con

con tanta....

Raf. El de la altiva cabeza....

Cond. Y la magnífica crin.

Raf. En qué puedo servir á V. S., señor Conde?

Cond. Supongo que usted conoce á Beltran.... el viejo Recaudador de rentas....

Raf. Sí.... el que vive en esta casa (*Mirando al rededor de sí.*) Mas, hable V. S. quedo, que no estamos solos.

Cond. Qué!... ese zapatero?... no hay que temer.... si es sordo.

Raf. En el mundo nada hay sordo.... hasta las paredes oyen!

Cond. Pues retirémonos un poco ácia aquí.

(*Le habla baxo, y* Trogot *vuelve á cantar.*)

Conde *á* Raffer.

Basta.... usted ya me ha entendido.... venga esa mano (*Se la aprieta.*)..entable usted su comision.. poderes absolutos tiene.... con que.... abur.... pero ántes deme usted un abrazo, mi caro amigo.

Raf. Con mucho gusto: pero muy de pronto se ha engendrado este cariño.

Cond. Quando dos hombres de bien se necesitan, la amistad llega á lo sumo de un vuelo. *Vase.*

ESCENA VII.

Los mismos *ménos el* Conde.

Raf. El es astuto.... andemos con cuidado.... no dexemos escapar esta ocasion que se presenta de engordar el bolsillo por dos partes.... pero.... guarda Raffer, no pierdas en un tris la hombría de bien que te has grangeado, y que te vale mas que un mayorazgo. (*Mira ocia á donde está* Trogot.)Maldito seas tú y tus xácaras!

ESCENA VIII.

Los mismos, Felipe Beltran, *y* Carlota *con su almohadilla.*

Bel. Déxame sentar aquí, hija mia: aquí tomaré bien el sol.

Raf. Quánto me alegro de dar á usted los buenos dias, señor Beltran!

Bel. Ola! sea usted muy bien venido, señor Raffer. Mucho tiempo ha que no he tenido el gusto de ver á usted!

Raf. He estado fuera por ciertos asuntos.-Ha ocurrido alguna novedad en este tiempo?

Bel. Para mí la mas importante: he recobrado la salud: con que vea usted....

Raf. Sea enhorabuena, señor Beltran.... ahora con la primavera se restablecerá usted del todo.... Algunos paseitos en su jardin....

Bel. Ah! no me hable usted del jardin.

Raf. Pues por qué?

Bel. Oxalá que un volcan se hubiera tragado semejante terreno: no se vieran vivir enemistados dos hermanos, mas ha de quince años, por cosa de tan poco momento.

Raf. Nunca he oido á usted hablar de esa manera!

Bel. Ay!... ha sido menester que mi cuerpo enfermase para que mi alma sanara.

Raf. Pero quando uno tiene derecho como usted....

Bel. Ay amigo! A la luz que arrojaba el alma en aquellos momentos que queria despedirse del cuerpo, vi con claridad quan de otra manera van las cosas en el tribunal del Juez supremo; y que allí no sirve decir que se tenia derecho. Por eso he dado al Doctor Blum todos mis poderes para terminar este fatal negocio ante el tribunal de paz.

Raffer *asombrado.*

Ante el tribunal de paz! Habla usted de veras?

Bel. Sí señor: ocho dias hace que en él se sigue este asunto.

Raf. Y me lo ha tenido usted callado!

Bel. Como ha estado usted ausente.

Raf.

Raf. Mucho dudo que su hermano de usted, el Capitan, se conforme.

Bel. Pues le abandonaré el jardin: un viejo como yo necesita de tranquilidad.... mis facultades tampoco me permiten litigar mas tiempo.... si consigo recobrar mis fuerzas, y volver á mis ocupaciones, todo lo sacrificaré de buena gana por cuidar de la educacion de mi hija, que ya está en edad de pensar en su colocacion.

Carl. Padre mio: usted me ha enseñado á trabajar, y á poner mi confianza en Dios: qué necesito mas?

Bel. Otras muchas cosas!

Carl. Yo he aprendido á gobernar una casa....

Bel. Y á amar á tu padre.... á esto está todo reducido.... Esto para mí es mucho; pero para los demas muy poco. Ay hija mia! Yo no puedo sin dolor meditar un instante acerca de lo que te falta! Tal qual tú eres no sirves ni aun para estar al lado de qualquiera señora que quisiera interesarse por tí; pues lo ménos que te preguntaria seria si sabias hacer un prendido, labar encaxes, y qué sé yo quantas otras cosas.

Raf. Sin embargo, yo conozco una señora muy rica en bienes de furtuna y mucho mas en virtudes, que desea tener una señorita que le haga compañía.... si fuera posible.... usted sabe, señor Beltran, quantos años ha que somos amigos.... si pudiera lograr para la niña esta plaza....

Carlota *estrechándose con su padre.*

Mi plaza es esta.

Bel. Yó se lo agradezco á usted.... en otra ocasion hablaremos de eso.

Carl. No, no: padre mio: usted no me echará de sí.

Bel. Echarte! no hija mia.... yo solo deseo tu felicidad.

Carl. Una sola vez en mi vida he sido desgraciada.–Quando usted estaba tan malo....

Bel. Pero es menester pensar en lo por venir.

ESCENA IX.

Los mismos, *y el Doctor* Blum.

Quánto me alegro, señor Beltran, de hallarle á usted por primera vez respirando un ayre libre.

Bel. Sea usted muy bien venido, mi querido Doctor.... déme usted esa mano.

Carlota *con semblante agradecido.*

Tenga usted buenos dias, señor Doctor.

Bel. Oh! De qué satisfaccion debe servirle á un médico haber salvado la vida á un padre de familias, conservando á unos huérfanos, su único apoyo!

Blum. Si los sucesos correspondieran siempre á los deseos!

Bel. Quando mi mal me puso á las puertas de la sepultura, allá en lo mas riguroso del invierno, usted siempre se acordó de visitarme; y si no siempre pudo aliviarme á medida de su deseo, por lo ménos la afabilidad de su semblante siempre me inspiraba confianza. Yo no le conocia á usted: solo el amor de la humanidad le ha traido á mi casa. Oh! qué feliz es el destino en el que solo se emplea el hombre en hacer bien á sus semejantes!

Blum. Mire usted, señor Beltran, que yo no le he dado licencia para que hable tanto.

Bel. Si el corazon está lleno, no es preciso que rebose?.... Hoy cumplo cinqüenta y tres años cabales; y á usted le debo el que pueda celebrarlos.... y mi hija, á usted puede agradecer el no verse hoy huérfana.

Blum. Me dará usted lugar á que use de mi autoridad para impedirle que pro-

prosiga. Es propio de las buenas almas excederse en la gratitud. Yo en realidad no he hecho mas que cumplir con mi obligacion: y pluguiese á Dios que siempre tuviesen mis desvelos igual recompensa! Pero hablemos de otra cosa. Esta visita no la hago como médico, que ya no le necesita usted, sino como amigo. Quando ayer tarde hablamos de que hoy eran los dias de usted, tenia esperanza de venírselos á dar temprano, trayéndole la buena noticia de que se habia terminado el infausto pleyto.

Belt. Quánto me hubiera alegrado de semejante noticia!

Blum. Aun no desconfio de que hoy con efecto se sentencie. Nuestro juez de paz es el hombre mas de bien que yo conozco: el único acaso que ama la virtud por ella misma: él es alternativamente amigo, juez, padre y hermano. La persuasion se hospeda en sus labios; y el amor de sus semejantes está grabado en su corazon. Quando sus generosos esfuerzos son ineficaces, se le pasan las noches sin que el sentimiento le permita dormir; pero quando tienen el justo fin que se propone se acuesta mas gozoso y satisfecho que los mismos á quienes ha restituido la paz. Quién por estas señas no le conocerá!

Belt. Y quién no le bendecirá!

Raf. Sin embargo, señor Doctor, usted ha obrado con precipitacion....

Blum. A mí me parece que aquí ninguna actividad está de mas.

Raf. El señor Beltran estaba muy cerca de ganar el pleyto con costas, y resarcimiento de daños y perjuicios.

Blum. Y le habian de resarcir tambien la paz y tranquilidad perdida en el espacio de quince años?

Raffer *ironicamente.*

Cómo se conoce que el señor Doctor es amigo del género pastoral!

Blum. Y aun quando eso sea, tan malo es amar lo que tanto nos acerca á la naturaleza? Es tan comun encontrarse á cada paso con hombres crueles y malvados, que se necesita de quando en quando leer los únicos libros en que se presentan buenos y sensibles.

Raf. Esos libros no tienen nada sólido.

Blum. Muy bien sabemos lo que muchos Juristas llaman conocimientos sólidos... unos libros de decisiones bárbaras.... que nadie entiende....

Raf. Y qué, señor Médico, se entienden mejor las recetas de ustedes?

Blum. No señor: mas por eso soy yo el primero que pone en ridículo el charlatanismo.

Raf. Cada profesion tiene el suyo; abur.

Vase.

Blum. Parece que le pesa de que ustedes se reconcilien.

Belt. Militares ni Letrados nunca quieren la paz.

Blum. Ya hace mucho tiempo que le trae sin sombra ese tribunal de paz.

Belt. Sin embargo, él es hombre de bien.

Blum. Así se dice... pero como por desgracia la reputacion de hombre de bien, así como las otras reputaciones, no son muchas veces mas que un capricho de la fortuna, ó efecto de una casualidad....

Ana, *saliendo de la casa.*

Señor: ya está hecho el almuerzo.

Belt. Vaya, querido Doctor, quiere usted ver cómo el ayre de la mañana da apetito á los convalecientes?

Blum. Aun tengo que visitar á otro enfermo.

Belt. De ese modo, no quiero detenerle á usted: yo sé muy bien con qué impaciencia un enfermo espera que su médico llegue.

(*Se mete en casa sostenido de Ana.*)

ESCENA X.

El Doctor Blum, Carlota, Trogot.

Carlóta, *acercándose con timidez.*

Qué habrá usted pensado de mí, señor Doctor, viéndome enmudecer, despues que mi padre le manifestó su reconocimiento. Yo no sé en que consiste.... quando voy á dar á alguien

las gracias de algun gran beneficio que me haya hecho, siempre se me vienen las lágrimas ántes que las palabras.

Blum. Las lágrimas son los intérpretes del corazon.

Carl. Yo hubiera llorado con tanto gusto! pero como estaba delante el señor Kaffer, me daba vergüenza.

Blum. Con que delante de mi no se hubiera usted avergonzado de llorar? eh?

Carl. Oh! no señor: si en aquella terrible noche que mi padre se puso tan malo yo noté que á usted mismo se le caian las lágrimas....

Blum. Confieso que no debia ser así: el corazon de los médicos debe tener valor para resistir á la sensibilidad.

Carl. Tampoco entónces podrian regocijarse de haber socorrido una familia afligida. — Oh qué satisfaccion la de poder aliviar á un pobre paciente! (*Con viveza.*) Si yo fuera hombre, hubiera aprendido á recetar; y entónces yo misma hubiera salvado la vida de mi padre.

Blum. Yo aseguro á usted que sus continuos cuidados han sido mas eficaces que los mios.

Carl. De veras es eso?

Blum. Lo digo de veras.

Carl. Usted no sabe la alegría que en eso siente mi corazon! — No es verdad que mi padre está en disposicion de vivir mucho tiempo?

Blum. Como tenga prudencia para no cometer excesos, y para evitar las pasiones violentas....

Carl. Oh! eso queda por mi cuenta.... yo tendré buen cuidado de quitar de delante todo lo que pueda serle dañoso.

Blum. Pues qué, ha de estar usted siempre á su lado?

Carl. Siempre, siempre!

Blum. Y si llega el dia en que la llamen otras obligaciones....

Carl. Qué obligaciones? — Hay acaso alguna mas sagrada?

Blum. La obligacion de esposa y de madre.

Carl. No, — no crea usted que yo me case jamas

Blum. Jamas!

Carl. Nunca, jamas, si por ello he de dexar á mi padre.

Blum. Usted le daria un hijo.

Carl. Un hijo que le privase de su hija!

Blum. Y si se presentase una persona, que pudiese facilitarle una descansada vejez, que léjos de privarle de los cuidados que le prodiga su hija querida, solo aspirase á unir tres corazones con los vínculos del amor y del parentesco.... que viviese con ámbos una misma casa.... que á usted le aumentase las complacencias, y tomase parte en los disgustos?....

Carl. Si fuera posible dar con un hombre así....

Blum. Le amaria usted?

Carl. Cómo seria posible no amarle!

Blum. Y si á usted le dixese su padre: „hija mia, dale tu corazon y tu „mano....

Carl. Con mucho gusto. — Pero eso seria todo lo que yo podria darle. Nadie mejor que usted sabe lo pobres que estamos.

Blum. Ah, Carlota! Usted no sabe quántas son sus riquezas. — Pero en la amable compañía de usted, se me olvidan las sagradas obligaciones de socorrer á la humanidad doliente.... Solo quisiera no se olvidase usted de esta conversacion, por si llega el caso de que yo se la recuerde. *Vase.*

ESCENA XI.

Carlota, Trogot.

Carlota, *deteniéndose como pensativa.*

Qué me querria decir en aquello? — Que no se me olvide esta conversacion....

Despues de una pausa, y de un suspiro casi sofocado.

Ay, Dios mio! Sin ese encargo no la hubiera yo olvidado! (*Se va poco á poco hácia la casa.*)

Trogot *se levanta.* Señorita....

Car-

Carlota, *con semblante afable.*
Qué quiere usted, Trogot?

Trog. Perdone usted.... si me atrevo....

Carl. Hable usted....

Trog. Acabo de hacer un par de zapatos....

Carl. Sí.... ya lo veo.

Trog. Como son hoy los dias de su señor padre.... como usted le quiere tanto, que.... al instante.... vaya.... á mí se me arrasaban los ojos.... yo quisiera pedir á usted.... pero no se ha de enfadar....

Carl. Por qué me he de enfadar?.... Las intenciones de usted son buenas....

Trogot, *poniendo la mano en el pecho, y levantando los ojos al cielo.*
Sí señora: sabe el cielo que mis intenciones son buenas.

Carl. Pues qué le detiene á usted?.... hable con franqueza.

Trog. Quisiera que usted recibiese este pequeño obsequio....

Carl. Le doy á usted las gracias.... acaso llegará dia en que pueda corresponder á esta fineza.

Trog. Ah, señorita! no piense usted en eso!.. yo me tengo por feliz de que usted no haya despreciado mi....

Carl. Por qué habia yo de despreciar una fineza ofrecida con sana intencion?....

Trog. Con esto solo la paga usted mas de lo que.... Quánto mas feliz soy yo que el Conde!.... Señorita: no se fie usted de ese Conde!.... ese es un mal hombre.... y el procurador Raffer, su Agente, otro que tal. — Aquí, en este mismo sitio han tenido valor para sin avergonzarse tratar de.... vaya.... yo me correria de solo decirlo. — Sí: desconfie usted, señorita: por Dios que no se fie de estos dos hipócritas!....

Carl. Se lo estimo á usted mucho, buen Trogot; y ahora acepto aun con mas gusto el obsequio que me ha hecho.... Quando algunos bribones quieran con sus palabras amorosas ponerme alguna asechanza.... inmediatamente echaré una mirada á mis zapatos, y me acordaré de los avisos de usted.

Vase á la casa.

ESCENA XII.

Trogot, *solo, enxugándose una lágrima.*

Esta sí que es una señorita!.... Es tan buena!.... tan afable!.... Oh! quisiera que un dia se prendiera fuego en nuestra casa, por arrojarme á las llamas, y poderla sacar fuera! *Buen Trogot!* me decia.... Lo entiendes tú, Trogot? — Ah!.... si despues de esto faltas á la hombría de bien un solo instante que sea, mereces que te lleve el diablo sin remedio.

Fin del primer Acto.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una pieza de la casa del Capitan Francisco Beltran.

ESCENA PRIMERA.

Juan Buller *solo, sentado á una mesa en que está puesto un almuerzo y una botella.*

El Capitan cumple hoy cinqüenta y tres años!.... A que viva!.... (*Bebe*)... Caramba!.... muchos años son.... Ah! qué importa, con tal que viva mas que yo!.... imposible!.... qué!.... cómo habia yo de tener corazon para ir á su entierro, ni para poner su espada en el atahud!

ESCENA II.

El mismo y el Ama Brandt.

Ama. Oh! poder de Dios! todavía está con la botella!

Juan. Sí señora: quiero beber á la salud de mi Capitan.

Ama. Malditos sean tales brindis! eso es lo que hace daño á los hombres!.... ya se ve, el que bebe á la salud de todo el mundo por fuerza ha de arruinar la suya.

Juan. Sepa usted que yo no bebo á la salud de todo el mundo.

Ama. Por otro tanto se ve como se ve el viejo Recaudador de rentas, el hermano de nuestro amo.

Juan. Muy mojados tiene usted los papeles. Quiere usted que la cuente por qué ha caido malo?

Ama. Enhorabuena.

Juan. Pues ha de saber usted, que tenia un ama de gobierno tan guitarra, y tan picara, y le mortificaba tanto, que....

Ama. Jesus! qué vino tan malo está usted bebiendo!

Juan. Ola! no es usted mal mosquito: lo ha sacado usted por el olor?

(*Echale de beber.*)

Ama. Veamos que tal es. (*se echa el vaso de un trago.*) Que peste!.... puf.... no he bebido cosa mas mala.

Juan. Como que es un vino de á tres quartos; — pero ganados honradamente.

Ama. Quando usted quiera ir á almorzar á mi quarto, probará usted otro vino un poquito mejor; y con eso me contará usted noticias.

Juan. Gracias, señora ama.... que á mí, como no me escarabajea la conciencia, no necesito de esos opios que me la adormezcan.

Ama. Jesus! que hombre tan extravagante y tan...

Juan *con ironía.*

Mucho! Ay amiga! yo soy ya demasiado viejo: y á perro viejo....

Ama. Pero eso no quita para regalarse lícitamente de quando en quando.

Juan. No me descuido yo en eso.

Ama. Si.... con un vinagre que se lleva tras sí los gaznates.

Juan. Pues ese vinagre se convierte en néctar quando pasa por la garganta de un hombre de bien.

Ama. Usted siempre está hablando de la hombría de bien.... pero.... si á lo ménos fuera usted por las noches á rezar conmigo....

Juan. Y que me durmiera!

Ama. Vaya, que es cierto que es usted el hombre mas raro.... Para qué se pone uno á servir?.... El amo, como usted sabe, no tiene hijos.

Juan. Pero tiene un hermano y una sobrina.

Ama. Y qué, dexará su caudal á una gente que no ha hecho mas que darle pesadumbres, y quitarle los dias de la vida?

Juan. Segun veo, por poco que le dure ya no tendrá que dexar.

Ama. Eso es cuento. — Pero quánto echa usted que vivirá todavía? — A la vista está que es un viejo regañon; y que no puede tardar en caer.

Juan *muy serio.*

Y qué, cree usted eso?

Ama. Pues no lo he de creer, si veo que cada dia va perdiendo mas terreno.

Juan *con inquietud.*

De cierto?

Ama. Todavía.... un par de meses....

Juan Cómo!

Ama. Quando mucho durará hasta el otoño: allá al caer de la hoja....

Juan *como asombrado.*

Tan pronto! oh, no! (*con semblante irritado.*) Eso no. (*Dando una patada.*) Tan pronto no puede ser.

Ana. Por mas que usted diga que no, si la muerte dice que sí, siempre tiene razon, y no hay que replicarla.

Juan. Pero ha dicho eso el médico?

Ama. Qué me importan á mí los médicos? tambien entiendo yo como ellos....

Juan. No puede ser, no: yo se lo digo á usted.... No. - *Vase.*

ESCENA III.

El Ama, *y muy poco despues.* Raffer.

Ama. Maldito sea tal hombre!.... no hay remedio.... es menester contemplarle aunque sea rabiando.... sobre que le ha entrado al Capitan por el ojo derecho!.... Mas de veinte criados he hecho salir de casa sin costarme mas que abrir la boca.... pero vaya usted á desquiciar á este pícaro.... sí. No pa-

parece sino que porque ha sido marinero todo el mundo le ha de....

Raffer *entrando de puntillas.*

Tenga usted buenos dias, mi amiga!....

El Ama *con mucha afabilidad.*

Téngalos usted muy buenos, señor Raffer. Cómo tan temprano?

Raf. Temprano; y sin embargo demasiado tarde.

Ama. Qué quiere usted dar á entender con eso?

Raf. Es muy extraño lo que pasa.

Ama. Extraño!

Raf. Tanto, como que el viejo Capitan trata de reconciliarse.

Ama *asombrada.*

Con su hermano?

Raf. Sí señora. Ya han llevado su pleyto al tribunal de paz.

Ama. Es imposible!

Raf. Si vengo ahora de allá.... no hay que hacer.... ámbos han dado sus poderes amplios.

Ama. Y á quién?

Raf. Al Doctor Blum.

Ama. Sin decirme palabra!.... sin haberme consultado!.... inmediatamente voy á....

Raf. Poco á poco. — Si atropellamos las cosas, todo lo echaremos á perder.

Ama. Pues qué hemos de hacer?

Raf. Poner nuestras baterías: — hacer sospechoso á ese mediador importuno: — enconar de nuevo los ánimos.

Ama. Y si no se consigue?

Raf. Si no se consigue.... entónces, amiga, veremos una escena bien triste.... Los dos tontos se reconciliarán, verterán sus lágrimas corrientes, la niña no se descuidará en adular y enchochecer mas á su tio..... y á Dios herencia!

Ama. Oh, santo cielo! para quién habré yo venido á estar trabajando quince años!

Raf. Para componer un buen dote á la sobrina.

Ama. Vaya, no me hable usted mas de eso, si no quiere que aquí mismo me caiga redonda.

Raf. En esto no digo mas que la verdad.

Ama. Pues mas va usted á perder que yo si llegan á caer así las pesas; porque todos mis deseos se reducen, como usted sabe, á darle mi mano.

Raf. Muchas gracias.

Ama. Si he estado trabajando noche y dia para juntar algunos quartos, ha sido por no ir encueros á poder de mi futuro esposo.

Raf. Yo se lo estimo á usted infinito.

Ama. Aunque es verdad que yo no tengo una gran cosa — algunos miles de escudos — una miseria — ya se ve, como que todas mis esperanzas se fundaban en el testamento.

Raf. Pues qué aun no se ha otorgado?

Ama. No desesperemos todavía, acaso nuestros esfuerzos reunidos bastarán á.... pero suceda lo que quiera.... yo no puedo creer de usted que solo el interes le haya movido á quererme: porque aunque dos esposos bien unidos no tuvieran donde vivir mas que una cabaña, estarian contentos, y la misma felicidad habitaria con ellos.

Raf. Ay amiga! todas esas pinturas encantan en los idilios; pero yo por mí mas quiero una buena herencia que todas las cabañas del imperio germánico.

ESCENA IV.

Los dichos, y el Capitan Francisco Beltran, *que entra rengueando, apoyado en un baston, y dice:*

Buenos dias, amigos, buenos dias: la vigilia de anoche me ha hecho levantar hoy tarde.

Raf. Apostara á que tuvo usted convidados y que duró la cena....

Cap. Cierto!... Convidados!... para uno que tuve, mas que el diablo se lo hubiera llevado. Usted querrá que le diga quién fué; pues sepa usted que fué la gota, amigo mio: sí señor, la gota. (*Se sienta.*) Yo me siento, y usted puede hacer lo mismo si no quiere estar de pie... esta gota....

Raf. Esa enfermedad solo llama á la puerta de los ricos.

Cap. El caso es, que no espera que la abran.

abran

Ama. Por qué no ha tomado usted algunas gotas de mi elixir milagroso?

Capitan *con ayre.*

Ama, yo no quiero remedios.... Pero de qué hablaban ustedes? por qué no siguen?

Raf. Estábamos hablando....

Ama. Nos estábamos lamentando....

Raf. Estábamos admirándonos....

Ana. Nos estábamos enfadando....

Cap. De qué, y por qué!

Raf. De la facilidad con que los pìcaros engañan á los hombres de bien.

Cap. Y no es mas? pues eso ya es viejo!

Raf. Se dice por ahí que usted ha dado poder amplio al Doctor Blum....

Cap. Verdad es.

Raf. Y que se quiere usted reconciliar con su hermano.

Cap. Esa intencion tengo.

Raf. Ello es muy extraño que despues de quince años....

Cap. Sí.... tiene usted razon.... debiera haberlo hecho quince años ántes.

Raf. Precisamente á tiempo que el asunto llevaba ya tan buen camino....

Cap. Quántos años hace que está en camino, y no anda siquiera un paso.

Raf. Iba à decidirse aquel incidente sobre *fori privilegiati....*

Cap. Y qué hubiéramos adelantado con eso?

Raf. A lo ménos supiera usted el tribunal que debe conocer de lo principal.

Cap. Fuego, y qué ventaja!.....

Raf. En mí no ha consistido que la cosa no haya ido mas viva.... Yo soy un hombre de bien....

Cap. Ya lo sé.

Raf. Los embrollos y trampas de su hermano de usted....

Cap. Ahora tendrán fin. El quisiera matarme á fuerza de pleytear; pero yo tampoco me descuido.... Valientemente le acabo de atacar ahora... bloqueado le tengo en el tribunal de paz; y á fe que de allí no se me ha de escapar.

Raf. Sí.... yo lo creo.... Bañándose estará él en agua rosada de que la cosa se haya hilado así.

Cap. Cómo bañándose en agua rosada! pues qué cree usted que el tribunal le adjudicará el jardin?

Raffer *encogiéndose de hombros.*

Eso no se puede saber.

Cap. A mal dar, él no vale trescientos escudos; y ya me tiene de costa.... qué.... vergüenza me da el acordarme!

El Ama *con enfado.*

Así el pícaro vendrá á tener razon.

Cap. Poseer el jardin, y tener razon son dos cosas muy distintas.

Ama. Vendrá por fin á robarle á usted su patrimonio....

Cap. Verdad es.

Ama. Si hubiera usted estado algun tiempo mas expuesto á los peligros del mar.... Jesus! con todo se hubiera cargado.

Cap. Sí... él ha ocultado todo quanto ha podido.

Ama. Y en recompensa le dexa usted por heredero.

Capitan *alterado y con enojo.*

Mi heredero!.... Quién se atreve á decir eso!

Ama. Si ustedes ajustan sus diferencias....

Cap. Qué resultará de ahí?

Ama. Qué harán ustedes las paces.

Cap. No, no: eso no, jamas.

Ama. Qué funcion habrá en la casa!.

Raffer *con ironía.*

El señor Capitan nos convidará á comer.

Ama. Caramba! ya estaria yo aquí quando ese dia llegara!

Raf. Ya se ve.... como el señor Capitan tiene una sobrina.... apostara yo á que mas de quatro veces se ha regocijado ella interiormente con la idea de gobernar la casa de su tio.

Cap. Callen ustédes y no tengan gana de exâltarme la cólera.... Mi sobrina....

Raf. No bien supo la niña que se trataba de convenio, quando al instante sufocó con mucha maña ciertas intrigas que hubieran podido favorecerla poco en la estimacion de un tio cuya amistad la interesaba grangearse.

Cap. Ella!.... intrigas!....

Raf. Yo no quisiera repetir todo lo que sobre eso se dice.... usted sabe que no

soy

soy amigo de murmurar de mi próximo. Un cierto Conde de Sonnenstern, jóven, muy petimetre, freqüenta mucho la casa de su hermano de usted: alguna vez sirve de bracero á su hija.... Por la noche se estan los dos sentados mano á mano á la puerta....

Cap. Qué! su hija.... Parece imposible que la hija de una madre tan excelente....

Raf. Cierto.... pero como su padre ha sostenido quince años un pleyto tan costoso.... él no está sobrado.... y particularmente en estos últimos tiempos, ya se ve, ha tenido que recurrir á ciertos arbitrios.... Por otra parte se dice si el Doctor Blum ha puesto los ojos en la muchacha.... pero que como no la quiere sin dote.... por eso habrá tomado tan por su cuenta la reconciliacion de ustedes.

Cap. Alto ahí, señor Raffer: el Doctor Blum es mi amigo, y no sufriré que delante de mí empañe nadie su honor.

Raf. Yo no lo he dicho con tal fin.

Cap. Así lo creo. Pero, amigo, yo quiero ya tranquilizarme: mi salud lo necesita.... y.... vamos claros, con los años se mudan las opiniones. Quince años hace que hubiera querido mas que me arrojaran á una isla desierta; que ceder un ápice de mis derechos.... Hoy ya estoy cano, la vejez me debilita, y me aconseja la paz.

Raf. } Eso es pensar con cordura.
Ama. } Y christianamente.

Cap. Pero si mi hermano piensa pescar á rio revuelto.... si él ó su hija creen heredarme, buen chasco se llevan.

Raf. Eso es pensar con firmeza.

Ama. Y con justicia.

Raf. Si el señor Capitan quiere hacer qualquiera disposicion testamentaria....

Ama. Ay! no hable usted de eso, que el corazon se me parte.

Raf. No: esa siempre es una precaucion prudente, y el señor Capitan es amigo del arreglo en sus cosas, y de....

Cap. Dice usted bien: es menester pensar en eso.

Raf. Si en recompensa de los buenos servicios de...

Ama. No hable usted de eso. Quién no servirá de buena gana á un amo tan bueno, aunque sea sin esperar recompensa en esta vida! Dios le dé mucha salud.

Cap. Yo se lo agradezco á usted, Ama; y crea que no la olvidaré.

ESCENA V.

Los mismos y el Doctor Blum.

Buenos dias tenga usted, mi querido Capitan.

Cap. Sea usted bien venido, mi querido Doctor. (*Enseñándole los pies.*) El enemigo está sosegado.

Blum. Quando el alma está tranquila, es muy regular que tambien lo esté el cuerpo.

Raffer *aparte.*

Bravo Médico, que cura con sentencias! (*Al Doctor.*) Señor Doctor: los amantes de la paz que se emplean en ajustar desavenencias litigiosas, rara vez contentan á ámbas partes.

Blum. Vea usted ahí por qué hay tantos que quieren mas bien turbarla.

Cap. Poco á poco! Unos y otros creo desean ustedes mi bien: pero yo soy viejo, y estoy achacoso, y quiero mas ponerme de parte de aquel que me ofrezca la paz y tranquilidad.

Blum. Bravo! mi Capitan. Permanezca usted con esos sentimientos, y yo le aseguro que la gota no exercerá mucho sobre usted su imperio.

Cap. Pues quién le dice á usted que si yo no mirara eso, no persiguiera á ese bribon hasta morir!

Blum. Eso no sale del corazon, mi Capitan: su hermano de usted no es un bribon.

Cap. Quince años ha que me trae á mal traer de tribunal en tribunal.

Blum. Quien empezó el pleyto?

Cap. Yo: pero no por lo que el jardin vale, sino por el amor que tengo á las

co-

cosas de mis padres, — Quántas veces le he dicho: " hermano, partamos: padre no pudo en perjuicio mio dexarte el jardin; y ménos no habiéndole dado motivo para que en eso me castigase: á mí me atormenta la idea de que padre me tuviese en ménos que á tí. Yo haré ver que el testamento á que te agarras se hizo por sorpresa." — Usted sabe que no ha prestado oidos á mis razones; ántes bien decia que no le era posible ceder sus derechos en perjuicio de sus hijos. — Mal haya el hombre que enriquece á sus hijos con caudales injustamente adquiridos!

Ama. Mal haya mil veces!

Blum. Enriquecer!.... cierto!.... vaya que viene bien al caso la tal expresion! Enriquecer! Pues el objeto del pleyto no es una bagatela?.... Diga usted mas bien que ahí se ha mezclado la la pasion.... Porque á la verdad, nadie tiene tanto interes en excitarlas como los que viven de los pleytos.

Raf. Muchas gracias por el favor.

Blum. Si usted hubiera pedido con dulzura, yo sé que su hermano hubiera cedido con gusto: yo le conozco muy bien; pero ya se ve.... usted empezó á alborotar.... se acaloró un poco, y aprovechándose los bribones de la ocasion, echáron leña al fuego, le atizáron, y despues se complacen en alimentarle á costa de ustedes. Cada palabra fuerte que ustedes decian, cada respuesta picante que daban, qualquier desahogo que tuviesen, al instante habia quien á uno y otro lo contase, y siempre con la añadidura acostumbrada: á usted todo se lo aprobaban sus amigos: á él le daban la razon los suyos.... Pero hay unos amigos que todo lo aprueban, porque de todo dicen " á mí qué me importa?" Hay otros, (*Fixando la vista en Raffer*) que socolor de amistad, se han manifestado prontos y activos en servir á cada uno de por sí; y en lugar de procurar la reunion, les ha tenido mas cuenta sembrar la zizaña y la desconfianza; avivar las sospechas, y meterles á ustedes en el laberinto de las intrigas y embrollos forenses. Así, mi querido Capitan, nacen y se alimentan las discordias: así se acivaran los contentos de la vida; y así se destruye el amor fraternal.

Ama. Qué lástima es que el señor Doctor no haya tirado para Predicador!

Cap. Yo siempre oygo con gusto la verdad, de donde quiera que venga.

Blum. Tenga usted la dulce esperanza de que el pleyto se terminará hoy.

Raf. De veras?

Ama. Eso es bueno.

Cap. Amigo mio: reciba usted mi sincero agradecimiento.

Raf. Regularmente se cederá por una y otra parte.

Ama. Regularmente....

Raf. Así por la del que tiene razon, como por la del que no la tiene.

Blum. Sì señor, por una y otra: ha habido nunca composicion en que no cedan las dos partes?

Cap. Sea como quiera: lo que yo deseo es salir de este negocio á qualquier precio: mucho me alegrara pasar los pocos años que me restan de vida sentado tranquilamente baxo el tilo que cubre con su sombra la portada de mi casa.

Blum. Yo he hecho buen uso de mis poderes; y espero con fundamento que usted quede satisfecho. Oh! y cómo me regocijo desde ahora de ver que se acerca el feliz momento de traerle á usted á su hermano; ser testigo de sus abrazos, y ver tributar á la alegría las lágrimas que en otro tiempo exîgia la discordia!

Cap. Despacio, amigo mio: abrazar yo á mi hermano, eso no es posible. Deseo, sí, con la mayor ansia que el pleyto se acabe; pero él, que nunca se me ponga delante.

Blum. De este modo todo queda á medio hacer.

Cap. Es un hombre despreciable: yo le aborrezco, y él no me queda à deber na-

nada: estamos pagados.

Blum. Aborrecerle á usted!.. no por cierto. Si usted hubiera visto esta mañana con qué ternura oia los saludos de la hija con motivo de su cumpleaños!.... con qué alegría tan inexplicable se acordaba de que eran ustédes gemelos, y que por consiguiente eran tambien hoy los dias de usted!

Cap. De veras se ha acordado!

Ama. Los dias de usted? Válgame Dios! pues nadie habia caido en ello.

Cap. Qué mas da?

Blum. Sí señor: su hermano de usted se ha acordado; pero con qué alegría! no podia hablar, sin conmoverse, de aquellos tiempos felices en que ustedes celebraban estos dias en union fraternal.

Cap. Oh cierto que sí.... feliz tiempo! y él ha hecho memoria!....

Blum. Qué dichosa, y qué satisfecha, decia, estaba nuestra madre en semejante dia!

Cap. Oh! ciertamente que sí.... entónces vivia!

Blum. En este dia hace años que estrechando á ustedes entre sus brazos, les exhortó á la union.

Cap. No hay duda!.... Así fué....

Blum. El último año de su vida, no es cierto que les dixo á ustedes: „hijos „mios, quando yo ya no exîsta, acor„daos siempre de mí en este dia, de „modo que yo reviva en vuestro mú„tuo amor!...

Capitan *muy enternecido.*

Oh!... así es.... verdad es que lo dixo.

Blum. Entónces se arrojáron ustedes el uno los brazos del otro, jurándose una eterna amistad: y las lágrimas maternales se confundiéron con las de ustedes.... su hermano de usted no pudo seguir; porque los sollozos ahogaban su voz.

Capitan *enfadándose de que se enternecia.*

Ni yo mismo puedo oirlo sin derramar lágrimas!

Raffer *haciendo seña al* Ama *con una mirada.*

Señor Capitan: reciba usted en este dia las mas sinceras demostraciones de amistad de un hombre....

Cap. Yo lo agradezco.

Ama. El cielo le conceda á usted con la mas larga vida sus bendiciones, la salud, la alegria, la prosperidad....

Cap. Basta— basta.

Ama. No permitiré yo que se pase la celebridad del dia sin que....

Cap. Ningun ruido, Ama.

Ama. Ahora mismo voy á hacer una torta de almendra.

Cap. No hay necesidad de eso.

Ama. Qué.... no quiere usted que yo tenga el gusto....

Cap. Bien! si usted tiene gusto en eso, enhorabuena.

Raffer *al* Doctor.

La torta me parece que no le puede hacer mal al señor Capitan.

Blum. Lo que se come con gusto rara vez hace mal.

Ama. A la disposicion de ustedes, señores, que voy á poner manos á la obra: hoy es menester que yo eche el resto. (*Baxo á* Raffer.) A las quatro le espero á usted en mi quarto.

Raffer *mirando su relox.*

Todavía tengo una causa que defender. Si no se verificase la transaccion, (*Al* Capitan.) y usted gustase servirse de la amistad de un hombre de bien....

Cap. Muchas gracias: siempre he vivido en esa confianza.

Raf. Manden ustedes, señores. *Vase.*

ESCENA VI.

El Capitan *y el Doctor* Blum.

Cap. Es cierto que mi ama es una pobre muger: su genio es un poco fuerte; pero tiene un excelente corazon.

Blum. Si como algunos dicen es la cara el espejo del alma....

Cap. Esos son cuentos. Las gentes se conocen por sus acciones, no por su cara. Yo he conocido hombres admirables, feos como unos micos; y pícaros rematados, hermosos como Adonis. Aquí para entre nosotros le aseguro á usted que me interesa mucho

 el

el ver lo que esta buena meger se afana....

Blum. Yo solamente quisiera que fuesen sus modales mas suaves, mas agradables.

Cap. Amigo: se hace tan poco bueno en el mundo, que es menester ser un poco indulgentes con los que hacen algo. — Por ventura, mi trato y mis modos son mas dulces que los snyos?

Blum. Es que un enfermo que padece dolores merece que se le disimule su mal humor.

Cap. Y no lo merecerá un buen corazon? En eso, Doctor mio, hago yo mas justicia á mi ama. Dios me lo perdone si alguna vez la trato peor que pudiera hacerlo un marido!

Blum *sonriyéndose.*

Dios le perdone á usted la comparacion.

Cap. Yo nunca he sido casado.

Blum. Tanto peor.

Cap. Eso será conforme. Si, por exemplo, tuviese yo una muger que desde ese rincon me estuviese queriendo tragar con los ojos, y diciendo por baxo: „allí está ya con su gota: — Siempre „gruñendo y atormentando á todos „— y yo condenada á vivir á su la„do." — Ah, Dios me libre! eso no: viva mi ama, que todo lo hace de buena voluntad. No ha notado usted con qué alegría se ha ido á preparar la torta de almendra?.... eh?

Blum. Ella seguramente es dichosa en tratar con un hombre que tanto la aprecia. Oh! usted no sabe qué fácil le hubiera sido á una tierna esposa cumplir sus obligaciones respecto de usted! No ha concurrido usted nunca á celebrar algun dia de dias de un buen padre de familia?

Cap. En mi vida.

Blum. Qué cosa es ver á los hijos y á las hijas acechar á la puerta si su padre se ha levantado, y repetir en voz baxa cada uno su arenga para darle los dias.... — qué cosa es verles muy compuestos con sus vestiditos nuevos.... — quando por fin ya entran, se acercan y besan la mano paternal, echando sus arengas, ó cantando sus coplas?... al mismo tiempo que su madre embelesada y á escondidas derrama lágrimas de alegría....

Cap. Con efecto, creo que semejante escena debe ser muy tierna!

Blum. Qué cosa es ver á la madre que en seguida se presenta con timidez, y dirigiéndose á su esposo con el mismo cariño que el primer dia de su union, le ofrece unas vueltas ó una chupa que el amor le ha bordado....

Capitan *haciendo por contener las lágrimas.*

El mismo efecto hace una torta de almendra.

ESCENA VII.

Los Mismos *y* Juan Buller.

Buenos dias tenga usted, mi Capitan.

Cap. Buenos te los dé Dios, Juan.

Juan. Con qué son hoy sus dias de usted?

Cap. Ya lo sé.

Juan. Oh, dia muy alegre para mí!

Cap. Tambien lo sé.

Juan. Ayer rompió usted su pipa....

Cap. Y bien: qué quieres decir con eso? para qué me lo recuerdas? Quando el dolor me aprieta yo no soy dueño de contener mi impaciencia.

Juan. Yo no trato de reprehender á usted, sino de hacer mi introduccion: acabo de comprar una pipa de nogal con el cañon de évano.... y si mi Capitan se dignase de aceptarla por ser sus dias....

Cap. Véamosla, amigo, véamosla.

Juan. Ella debia estar engastada en plata; pero....

Cap. Yo te lo agradezco.

Juan. La acepta usted?

Cap. Sí, la acepto.

Juan. Y fumará usted en ella?

Cap. Sí que fumaré. (*Mete la mano en la faltriquera*)

Juan. Yo espero que usted no me dará nada por eso.

Capitan *sacando prontámente la mano.*

No,

No, no, nada.

Juan. Viva mi Capitan! Ahora que compre el ama su torta con el dinero que á usted ha robado, que á mí poco me importa.

Capitan *con severidad.*

Qué es lo que dices, Juan?

Juan. Digo bien, mi Capitan: esa muger no vale nada.

Cap. Calla: yo te lo mando.

Juan. Ella le hace á usted carecer de las cosas mas necesarias; y muchas veces tiene usted que pedirla la ropa como si la pidiera una gracia.

Cap. Has acabado?

Juan. Pues no para ahí, sino que....

Cap. Calla embustero, calumniador. Vete al infierno tú y tu pipa. (*Se la tira á los pies.*)

Juan *mirando con dolor ya á su amo, ya á la pipa.*

Yo un calumniador!... Ya no quiere usted la pipa!

Cap. No.... yo no quiero nada de un hombre que solo él le parece que es bueno.

Juan *levanta la pipa, y con dolor la arroja por la ventana.*

Cap. Qué has hecho, bellaco.

Juan. He arrojado la pipa por la ventana.

Cap. Estás loco?

Juan. Usted la ha despreciado, y ya era imposible que yo pudiera servirme de ella: cómo!... en mi vida. Cada vez que la viera me parece que me diria: „Juan Buller, tú eres un mise„rable: un amo á quien has servido „con fidelidad por espacio de treinta „años te ha llamado embustero, ca„lumniador." — No viéndolo se me olvidará todo fácilmente; y aun quando me acuerde diré: su intencion no era de ofenderme.

Capitan *conmovido alargándole la mano.*

Ven acá, hijo mio; no, yo no he pensado ofenderte.

Juan *le besa la mano.*

Ya lo sabia yo eso. — Pero por qué le ha de engañar á usted una vieja hipócrita que está disipando un caudal ganado con tanta fatiga, y en medio de tantos peligros?

Cap. Empiezas otra vez, hombre?

Juan. Haga usted de mí lo que quiera: yo no puedo callar.... Casualmente he visto una abertura que va á dar al quarto del ama.... Y con quién creerá usted que estaba? con el honrado señor Raffer. Allí estaban bebiendo juntos, y tratando de la próxîma sucesion en la herencia de usted; y esto lo daban ya por hecho.

Cap. Quieres callar, pícaro!.... quién!.... Raffer!.... el hombre mas de bien del mundo!

Juan. La verdadera hombría de bien no debe temer ser vista; y yo quiero....

Cap. Buller, alguna vil pasion se engendra en tu corazon, pues así empiezas á murmurar.

Juan. Y si usted mismo oyera por esta abertura....

Blum. Con efecto, la cosa merece exâminarse.

Cap. Pues bien, yo quiero que me lleves adonde por vista de ojos me convenza; pero mira, pícaro, como me engañes, sin remedio te echo de casa.

Juan. Yo estoy seguro de que usted no lo haria.

Cap. Dígote que sí: y si me apuras un poco ahora mismo te echaré á la calle.

Juan. Entónces el pobre viejo de Juan Buller tendria que irse llorando á morir en un hospicio.

Capitan *conmovido.*

En un hospicio! pues qué piensas tú que yo no podria darte de comer fuera de casa?

Juan. Oh! bien creo que usted me podria socorrer, dándome como de limosna algunas monedas de oro; pero yo mejor querria mendigar mi sustento que aceptarlas.

Cap. Lo ve usted, señor Doctor, lo ve usted? no es capaz esto de dar un paroxismo de gota aun á quien no la tenga? Mire usted: habrá unos veinte años que caimos en manos de los Argelinos, los que me quitáron hasta

los calzones; pero este tunante escondió entre los rizos algunas monedas de oro; de modo que no diéron con ellas los corsarios: á los seis meses fuimos rescatados, y salimos de la esclavitud buenos y sanos, pero encueros; y si no hubiera sido porque este partió conmigo su dinero, hubiera tenido que echarme á mendigar de puerta en puerta: y sin embargo, ahora sale con que se iria á morir á un hospicio.

Juan. Mi Capitan!

Cap. Y quando la tripulacion tramó contra mi aquella conjuracion que tú me descubriste con tanto riesgo de tu vida.... te se ha olvidado? di, taimado.

Juan. Ya me lo pagó usted haciendo construir una casa á mi madre anciana.

Cap. Y quando estábamos abordo combatiendo con los Marroquíes: -- y ya brillaba sobre mi cabeza aquel corvo alfange, no echaste tú abaxo de una cuchillada el brazo que iba á cortármela de un tajo?.... te se ha olvidado tambien esto? te he edificado por ello alguna casa?.... y sin embargo te atreves á decir que irás á morir á un hospicio, eh!

Juan. Mi Capitan!

Cap. Ven acá.... abrázame.

Juan *se echa con precipitacion á sus pies.*

Amo mio: esta mano cerrará las ojos al viejo Juan Buller.

Blum *aparte.*

Bueno! excelente! aprovechémonos de esta buena disposicion; que quien así se porta con un viejo doméstico, no puede ser irreconciliable con su hermano. *Vase.*

ESCENA VIII.

El Capitan *y* Juan.

Cap. Levántate, y baxa á buscarme la pipa.

Juan. Con mucho gusto. (*Se levanta.*) Y que es lo que el Doctor dice de su hermano de usted!.... se verificará la reconciliacion?

Cap. El espera que sí.

Juan. Y usted lo desea, no es verdad?

Cap. Si: oxalá pudiera hacer que muchas cosas no hubieran pasado!

Juan. Y quién sabe si lo que las gentes le han metido á usted en la cabeza habrá sido ó no cierto? porque hay hombres tan malvados, que lo mismo es sentir un poco de humo, que al instante se ponen á soplar hasta que encienden una grande hoguera, y luego se ponen con la mayor alegría á mirarla cruzados de brazos; si no se divierten en echar leña para que crezca la llama.

Capitan *reflexívo.*

Dices bien, Juan, dices bien.... tienes razon.

Juan. Destruya usted los proyectos de esos hombres malvados. -- Sea usted el primero á alargarle la mano. --Dé usted un medio paso.

Capitan *suspirando.*

Ay hermano!

Juan. Si entrase aquí con un semblante amigable....

Capitan *haciendo un movimiento como para levantarse.*

Si entrase aquí!

Juan. Sí señor: si entrase aquí, y le alargase á usted la mano....

Cap. Si él me alargase la mano! (*Alarga involuntariamente la suya, y la retira.*)

Juan. Y si él le dixese á usted: no retires la mano?

Cap. Bien! y luego?

Juan. Si luego él se fuese arrimando de cada vez mas, ofreciéndole á usted la suya....

Cap. Si él se iba arrimando.... (*Con incertidumbre en las acciones.*)

Juan.

Juan. Cierto; y si á usted le dixese.... hermano Francisco, madre nos está viendo!..

Capitan *muy enternecido moviendo la silla.*

Si él dixera eso....

Juan. Y despues de haberlo dicho se arrojase á los brazos de usted...

Capitan *se levanta extendiendo los brazos, y se va diciendo con voz muy enternecida.*

Ay hermano Felipe! *Vase Juan.*

Fin del segundo Acto.

ACTO TERCERO.

A la puerta de la casa de Felipe Beltran.

ESCENA PRIMERA.

Trogot, *solo, cosiendo una bota de montar.*

Pensarán que á uno le es indiferente hacer un par de zapatos para una señorita amable, ó trabajar en unas botas para un soldado de á caballo: pues no, señor, no es lo mismo. — Y por qué? Porque son muy distintos los pies en que se han de emplear. Quando reparo en esta bota, se me figura que estoy viendo un soldado cargado de sus armas—y entónces se trabaja con disgusto.... Pero un par de zapatos para Madama Carlota!.... (*Mira al rededor de sí, y se pone el dedo en la boca.*) Chito!.... aquí viene con su buen padre.

ESCENA II.

Felipe Beltran, *y su hija* Carlota.

Venga usted, padre: venga usted á respirar el ayre puro, que le será á usted muy provechoso: con eso se disipará esa negra nube, que repentinamente ha cubierto de tristeza las ideas de usted.

Fel. Ay, hija mia!

Carl. Qué tiene usted, padre, que está usted tan profundamente afligido?....

Fel. Tú lo has dicho.

Carl. Usted, que ha sido siempre tan superior á su desgracia.... usted, á quien una larga y cruel enfermedad no ha podido nunca arrancar la menor queja contra el cielo.... qué puede hoy....

Fel. Ay de mí!

Carl. En un dia como este, en que son tantos los motivos de satisfaccion que usted tiene....

Fel. Esa satisfaccion no está libre de sentimiento.

Carl. Pero por qué ese sentimiento hace mas impresion en este instante?

Fel. Ah, hija mia!.... Dios sabe que hasta bien poco hace mi corazon solo respiraba alegría y reconocimiento. Lleno de estas ideas gozaba del placer que es natural á un convaleciente que se pone á almorzar con apetito. Te veo entrar en casa, y leo en la distraccion de tus miradas cierta agitacion que nunca habia notado. Te hablo, y te veo embarazada para responderme; y ya entónces no me quedó duda de que alguna idea te preocupaba.

Carl. Qué!... padre mio!...

Fel. En este mismo instante se me han venido á la memoria ciertos avisos de la tia Ana, de los quales no habia hecho ántes ningun caso. Yo los he meditado, y echando repentinamente la vista por mi edad y la tuya, y sobre mi situacion, que no me permite dexarte disponer de tu corazon....

Carl. Padre mio: usted es su único dueño.

Fel. Así lo habia creído hasta esta mañana.... Pero la turbacion de tus ojos no se ha escapado á la penetra-

cion de los mios.... Yo no me atrevo á decirte que te expliques: no, ya veo que no merezco tu confianza.

Car. Padre!

Fel. Sin embargo, me es preciso preguntarte para mi sosiego: quién viene á ser ese Conde de Sonnenstern, que de algun tiempo á esta parte anda buscando como como sorprehender tu corazon?

Car. Ese es un hombre... que yo desprecio.... un hombre cuya presencia me es insufrible.

Fel. Dicen que se ha atrevido á hablarte....

Car. Es cierto.... y aun ha llegado á ofrecerme regalos...., y hasta proponerme si queria unir mi suerte á la suya. -- Yo he rehusado sus regalos é interesados socorros, y le he dicho que usted solo podia disponer de mi mano.

Fel. Hija mia: no dudes que ese hombre es un malvado que quiere prevalerse de tu situacion para deshonrarte. --Yo te prohibo que le vuelvas á hablar, y aun á ver.

Carl. Usted previene mis deseos.

Fel. El nos ha ofendido á tí y á mí, despreciando los respetos que todo hombre generoso debe tener á la pobreza.

Carl. Me dice usted eso en un tono tan serio, padre mio.... He hecho mal en algo?

Fel. Bastante mal has hecho en permitir su conversion! Ah! hija mia!... en toda la nasuraleza hay planta tan delicada como la inocencia.... La reputacion de una doncella es como el cristal, que el aliento le empaña: su mas cruel enemigo es la vanidad de los jóvenes que se vanaglorian, y publican por el pueblo la mas mínima palabra, la mirada mas leve: haciendo creer con sus modos, que á los favores de que se alaban puede muy bien añadirse un *et cætera*.

Car. Padre! usted me hace avergonzar.

Fel. De qué te sirve tu virtud? Podrás impedir que cuchicheen los que pasen, solo con decirles que estás inocente?..

Carlota *en disposicion de llorar.*

Válgame Dios padre!

Fel. Por aquí puedes inferir quanto te importa conducirte de modo que no se hable de tí, no digo yo mal, pero ni aun bien; porque el bien que de tí se diga excitará á los envidiosos, y los envidiosos con mucha facilidad inventan un *pero*. Dichosa la doncella que quando se casa es necesario preguntar: "quién es? yo no la co„nozco, ni he oido hablar nunca de „ella."

Carlota *abrazándose al cuello de su padre.*

Padre mio: no le daré yo á usted motivo de que vuelva á repetirme esta leccion.

Felipe *abrazándola.*

Esta promesa es el presente mas estimable que puedes hacerme en el dia de mi Santo.

ESCENA III.

Los dichos *y* Raffer.

Amigo mio: no sabe usted el gusto con que vuelvo para decirle que ahora mismo acabo de estar con la señora de quien le hablé esta mañana. Le doy á usted la enhorabuena porque la cosa es hecha.

Fel. Qué cosa?

Raf. La señora está dispuesta á recibir á la señorita para que le haga compañía; y las condiciones son ventajosísimas.

Fel. Mi hija, amigo mio, de todo sabe muy poco; pero de nada ménos que de divertir á otras.

Raf. Esta es una casa en donde todo estará á su disposicion, y en donde se hará muy pronto.

Fel. Y bien, Carlota, qué te parece?

Car.

Car. Yo no le dexaré á usted nunca.

Fel. Quién es esa señora?

Raf. La novia del Conde de Sonnestern.

Fel. Ja! ja! ja! qué dices á eso, Carlota?

Car. Usted me aflige con semejante pregunta.

Fel. Señor Raffer: usted se ha encargado de una comision poco decente.

Raffer *embarazado.*
Poco decente? por qué?

Fel. Es usted comisionado de la novia ó del novio?

Raf. Qué mas da? ó cree usted que el señor Conde de Sonnestern....

Fel. Sea lo que quiera.... no hablemos mas de eso.

Raf. Ha meditado usted bien de quántas ventajas se priva?

Fel. Ya está todo pasado en cuenta.

Raf. La casa de Sonnestern es muy rica.

Fel. Mejor para ella. ¡Hay tantos en el mundo que si no fueran ricos no se tendria noticia de ellos!...

Raf. Su padre tiene una gran iufluencia....

Fel. En su círculo.... y su círculo no es el mio.

Raf. Le seria muy facil dar al pleyto de usted un aspecto tan favorable, que.....

Fel. Ya llegaria muy tarde su influxo.

Raf. Tambien podria proporcionarle á usted una plaza de Recaudador general.

Fel. La he merecido yo?

Raf. Qué duda tiene?

Fel. Mejor es, señor Raffer, que digan las gentes: á ese hombre se le agravia en no hacerle Recaudador general: que no que pregunten: por qué le han hecho Recaudador general?

Raf. Yo sé muy bien la situacion de usted, y sé que está usted sobre cargado de deudas.

Fel. Pero á lo ménos tengo la conciencia pura.

Raf. Si por casualidad le acosasen á usted sus acreedores....

Fel. Para en este caso tengo yo un amigo que me socorra.

Raf. A los gritos de la necesidad ensordecen los amigos.

ESCENA IV.

Los mismos *y* Ana *á su amo.*

Señor!

Fel. Qué es eso?

Ana. A mí me han encargado que le entregue á usted estos recibos.

Fel. Qué recibos?

Ana. El uno es del casero por el alquiler....

Fel. Ah! por ahora me es imposible pagar al instante.

Ana. Si ya está pagado.

Felipe *admirado.*
Por quién?

Ana. Yo no lo sé.

Fel. Pero te ha dicho el casero que ha recibido el importe?

Ana. Pues él es el que me lo ha dicho.

Fel. Qué debo yo pensar de esto?

Ana. Nada que bueno no sea.

Fel. Habrá querido él hacerme este obsequio?

Ana. Que: no es creible: si él es un pobre como usted sabe.

Fel. Ello es que la deuda esta realmente pagada, no?

Ana. Si señor, realmente.

Fel. Pero por quién, Dios mio, por quién?...

Ana. El otro recibo me le ha dado el Boticario, que durante la enfermedad de usted...

Fel. Llégate á su casa, Ana, llégate, y dile de mi parte que no se pasará el mes en que estamos sin que le haya pagado.

Ana. Si tambien está pagada su cuenta.

Fel. Cómo es eso?

Ana. Léalo usted.

Felipe *lee rápidamente.*

Importa esta cuenta ochenta y cinco reales que confieso haber recibido del señor Felipe Beltran; y para su resguardo.... (*A Ana.*) No has preguntado siquiera el nombre de quien ha pagado esta cuenta sin mi noticia?

Ana. Sí señor: pero no han podido ó no han querido decírmelo. (Ana *se vuelve á casa.*)

ESCENA V.

Felipe, Carlota y Raffer.

Fel. Dios mio! Necesitaba yo de estos nuevos beneficios para convencerme de que aun hay en los hombres sentimientos de humanidad? (*Dirigiéndose á* Raffer.) Amigo mio: yo soy pobre, pero no me avergüenzo de una pobreza que me honra. El que en secreto me da, sin duda lo hace con buena intencion: no desdeña mis agradecimientos; pero hasta de ellos quiere dispensarme. Mas esto no aquieta á un hombre sensible que no gusta de recibir sino de aquellos á quienes pueda agradecerlo de todo corazon.... Si usted quisiera explicarme este enigma?

Raffer *encogiéndose de hombros, y tartamudeando.*

Me parece.... con efecto....

Fel. Qué quiere usted dar á entender con esa encogida de hombros?.... No puede usted, ó no quiere decirme....

Raf. Si usted conoce sus verdaderos amigos: qué necesidad hay de explicacion? Y si tiene usted muchos capaces de tales acciones, yo le doy mil enhorabuenas.

Fel. Ese modo de eludir usted mis preguntas me hace dudar si será usted el generoso bienhechor que....

Raffer *defendiéndose con floxedad.*

Yo!.... oh!.... suplico á usted.... convengo en que la amistad que á usted tengo.... mis principios.... pero ya ve usted.... yo no soy un hombre tan rico que....

Fel. Por lo mismo; los muy ricos rara vez dan á los pobres, y mucho ménos en secreto.

Raf. Para regalar de este modo no basta querer, es necesario poder: y yo no conozco estas dos qualidades reunidas sino en el Conde de Sonnestern.

Carl. Padre si él fuese, yo trabajaré dia y noche hasta que paguemos este dinero.

Fel. Mas bien venderia el anillo de tu madre, que aceptar tales beneficios.

Carl. Padre: allá á lo léjos veo venir al señor Doctor. Ah! véale usted que se para á hablar con uno.... Pero sin duda viene acá; y nos explicará este misterio.

Raffer *irónicamente.*

Oh, yo lo creo!.... Este es un Doctor que todo lo sabe hacer: — curar enfermos: — seguir pleytos: — (*Aparte,*) Maldito él sea, y sus miradas con él, que en todas partes me le hallo. — (*Alto.*) Señor Beltran, mande usted: reflexîone sobre mi proposicion, y crea usted que se la he hecho con la intencion mas noble.

Vase.

ESCENA VI.

Felipe y Carlota.

Siempre ha de tener que decir del Doctor! A mí me parece eso muy mal.

Fel. Hija mia: á nadie condenes; porque los corazones estan ocultos, y solo Dios ve su interior. Raffer es un hombre de bien; pero es hombre: el Doctor ha metido la hoz en su mies; y esto es lo que le ha enfadado.

Carl. Yo apuesto que si Raffer curase á un enfermo, el Doctor se alegrara mucho; de lo que infiero que este es mejor.

Fel. Tambien puede ser.

ESCE-

ESCENA VII.

Los mismos, *y el Doctor* Blum.

Sea usted bien venido, señor Doctor: Carlota acaba de hacer su apología de usted.

Blum. Aunque me es muy repugnante oir mis elogios, sin embargo, ahora lo hubiera celebrado.

Carl. Oh! pues aun es mucho mas lo que de usted pienso, que lo que digo. Estábamos hablando de usted y del señor Raffer: qué le ha hecho usted á ese hombre, que no le puede ver?

Blum. Raffer es de aquellos hombres, á quienes les basta que otro les conozca para que al instante le aborrezcan: así como para grangearse su amistad, y generalmente la de todo el mundo, solo se necesita tener á cada uno por lo que él quiera que le tengan.

Fel. Amigo mio; estamos en un momento en que fuera muy extraño que yo me quejara de los hombres: solo debo amarlos: en la mano tengo dos cuentas pagadas, sin que me hayan costado un ochavo.

Blum *fingiendo que se admira.*

Yo no conozco mas que uno capaz de....

Felipe *con precipitacion.*

Y ese será....

Blum. Su hermano de usted.

Fel. Mi hermano: que en quince años no ha dexado de presentar contra mí los mas injuriosos escritos?

Blum. Esos escritos los formó el Abogado, y estas cuentas las ha pagado él.

Fel. Qué, en efecto él las ha pagado?

Blum. A lo ménos yo lo presumo así..... Muchas veces me ha preguntado acerca de la situacion de usted....

Felipe *despues de una pausa.*

Amigo mio: usted ha echado sobre mi corazon un peso enorme.

Blum Es posible que el amor fraternal sea tan gravoso?

Fel. Los beneficios de parte de un enemigo....

Blum. Son el primer paso en el pais de la amistad.

Carl. Quándo querrá Dios que se me permita amar á mi tio!

Blum. Ahora mismo. (*A Felipe.*) Querido amigo: el pleyto se ha sentenciado enteramente segun usted deseaba: los autos se archivarán en el olvido; y la enemistad y los actos que la han fomentado quedarán sepultados con ellos.

Fel. Carlota, ayúdame à levantar, para poder dar un abrazo á este hombre incomparable.

Blum *abrazándole.*

Dios le conserve á usted la salud y la paz, que son los mayores tesoros que puede poseer el hombre.

Carlota, *cogiendo repentinamente una mano del Doctor, y estrechándola en las suyas.*

Dios bendiga á usted por tan nobles sentimientos: yo solo puedo manifestar á usted mi gratitud suplicándole que si algun dia cayese mala su anciana madre, no busque mas enfermera que á mí.

Blum. Acepto la palabra.

Fel. Gran Dios! Tú sabes que jamas he murmurado de mi pobreza! — Pero hoy!.... por qué no tengo para recompensar dignamente á este hombre generoso!

Blum. Usted pobre!.... con tal hija!....

Fel. Qué otra cosa puede ella hacer que mezclar las lágrimas de su agradecimiento con las del mio?

Blum. Oh! ella puede mucho mas.

Felipe *sorprehendido.*

De qué modo!.... señor Doctor!...

Blum. Hará usted concepto ménos favorable de mí, si sabe que soy interesado en....

Felipe *admirado.*

Yo no le entiendo à usted.

Blum. Ni usted tampoco, mi amable Carlota? Se avergüenza usted....

Carl. Es verdad: pero aseguro á usted, que no sé por qué.

Blum. No me decía usted esta mañana que amaria usted á un hombre que proporcionase á su padre una vejez tran-

tranquila y libre de cuidados?

Carl. Si señor.

Blum. Y que usted le daria con mucho gusto su mano y su corazon?

Carlota *guarda silencio, y baxa los ojos.*

Blum. No lo dixo usted?

Carl. Yo creo que sí.

Blum. Volverá usted atrás su palabra?

Carl. No señor.

Blum. Aun quando sea yo ese hombre?

Carlota *guarda silencio.*

Blum. Dignese usted de mirarme.

Carl. Yo no puedo.

Blum. No queria usted cuidar de mi anciana madre?

Carl. Con todo mi corazon.

Blum. Pues yo quiero cuidar de su digno padre de usted.

Carlota *derramando dulces lágrimas.* Ay de mí!... es usted tan bueno.... que no merezco....

Blum. El que por espacio de siete meses ha estado observando á una doncella, cerca de la cama de su padre enfermo, no es posible que se engañe en su eleccion.

Carlóta, *arrojándose á los brazos de su padre, y ocultando la cara en su seno.* Padre mio!

Felipe *poniendo la mano en la cabeza de su hija.*

Por tí, hija mia, me bendice Dios en este dia: á tu amor filial debes esta dicha.

Blum *tomando la mano de Felipe.* Permítame usted que tome parte en la bendicion paternal.

Felipe *transportado.*

Hijo mio! — Carlota, no te avergüences de mostrar tu rostro encendido á un hombre que tanto te ama.

Carlota *le echa una mirada con timidez.*

Fel. Dale el primer abrazo en presencia de tu padre.

Blum *abraza á* Carlota *que solo se resiste floxamente.*

Fel. Con este abrazo quedo libre de todos los cuidados que tanto me inquietaban sobre tu suerte futura. Ahora, Dios mio! — Disponed de mis dias! — Ya no dexaré una huérfana! Yo he puesto la inocencia en manos de la virtud.

Blum. Solo falta aquí su hermano de usted.

Fel. Ah!

Blum. Pero bien pronto espero verle con nosotros.

Fel. Cuidado con hacer ninguna humillacion que degenere en baxeza.

Blum. Su honor de usted es ya el mio.

Fel. El no querrá dar el primer paso, y yo no debo darle.

Blum. Por qué?

Fel. Porque mi hermano es rico.

Blum. Apruebo esos sentimientos, y ya yo los habia previsto: por eso me he explicado hoy.

Fel. Eso que le hace?....

Blum. No soy yo tambien rico? y todas mis riquezas no son ya de usted?

Fel. Ah!

Blum. Usted me ha dado lo que no puede pagarse con todos los tesoros; — una muger segun mi corazon; — y desdeñará usted lo poco que yo soy capaz de darle? — Eso no: la igualdad entre usted y su hermano se ha restablecido, y la igualdad inspira la confianza: mas no por eso pretendo que sea usted mismo el que vaya á su casa; pero si me atreveré á hacer una súplica por primera vez á Carlota.

Carlota *con una franqueza sencilla.* Oh! luego! luego! Oxalá pueda yo hahacer algo en que complacer á usted.

Blum. Mucho haria usted, mi querida Carlota, si usted fuese á casa de su tio con motivo de darle los dias.

Carl. Con mucho gusto.

Fel. Ella es hija mia.... y debe ser su esposa de usted. Piénselo usted bien! — Qué vergüenza para nosotros si no la quiere recibir, ó si la trata con desprecio!

Blum. Eso me toca á mí. Yo conozco á su hermano de usted, y á Carlota tambien. — Luego será necesario que juntos pasemos alegremente la noche.

Fel. Usted estará con nosotros.

Blum. Sí; pero no aquí en este pequeño recinto: la piedad y la alegría se parecen en que se esplayan en campo

ra-

raso á vista del cielo. En su jardin de usted es donde nos hemos de reunir.

Fel. En mi jardin?

Blum. Bueno será que usted le vea despues de haber arrancado de él la zizaña de la enemistad: allí nos juntaremos con un par de amigos verdaderos, y algunos hombres sensibles. No me prive usted de la alegría que espero disfrutar.

Fel. Yo privar ¡Dios me libre!.... Vamos al instante: que Ana me limpie mi vestido musgo. Dios mio! dónde estará esta Ana!

ESCENA VIII.

Los Mismos, *y* Ana *saliendo de la casa.*

Aquí estoy, señor.

Fel. Ven acá.... ayúdame á entrar.... te contaré cosas que te admiren.

Ana. Qué contento!.... vaya, la alegría le rebosa á usted por los ojos.

Fel. Ya te he dicho que vengas.... sobre que tú misma has de llorar de regocijo.

Blum *á* Carlota.

Y usted, hermosa Corlota, puede ir ahora mismo en casa de su tio: el ángel de la paz le prepare á usted el camino, y la acompañe.

ESCENA IX.

Trogot, *y* Carlota *aparte.*

Qué es lo que por mi pasa!.... es esto sueño ó realidad?.... Yo novia y del mas generoso y mas amable de los hombres!....

Trogot *acercándose con timidez.*

Vaya señorita! se le podrá dar á usted la enhorabuena?.... es que es muy raro!... las lágrimas se me vienen á los ojos!

Carl. Se lo estimo á usted mucho, buen Trogot.

Trogot *balbuciendo.*

Una cosa tenia que suplicar á usted, señorita.

Carl. Dígala usted.

Trog. Esta mañana tuvo usted la bondad de admitir aquellos zapatos. — Ello es cierto que no son mas que de cordoban; — pero no sé que dicta porque usted se los pusiese el dia de la boda!

Carl. Sí, me los pondré... (*Poniéndose la mano en el pecho para asegurárselo mas.*) yo se lo ofrezco à usted.

Trog. Yo viviré eternamente agradecido! .... el cielo derrame sobre usted sus bendiciones! .... Mañana al salir el sol voy à dexar estos sitios.

Carl. Mañana! por qué tan repentinamente?

Trog. Hace mucho tiempo que mi padre me está.... yo es verdad que ántes no tenia mucha gana; — pero ahora quisiera marcharme hoy mismo.

Carl. Pues qué no quiere usted esperarse hasta el dia de mi boda?

Trogot *inquieto, y rapidamente.*

No: eso no! Mañana al romper el alva, quando usted todavía esté en el primer sueño.... ya Trogot estará al otro lado de los montes.

Carl. Dios le haga à usted dichoso donde quiera que vaya! .... y á lo ménos quando usted se aleje de sus amigos..... no les olvide.

Trog. Qué me he de olvidar! no es posible! (*Se retira, y vuelve otra vez.*) Quando despues de dos ó tres años vuelva yo por acá... me permitirá usted que la vea?

Carl. Y lo celebraré mucho.

Trog. Lo celebrará usted mucho! .... Mas lo celebraré yo! (*Se enjuga las lágrimas, y poco á poco se dirige y entra en la sala.*)

Carlota *sola.*

Vamos á ver á mi tio. — O! si yo fuera tan dichosa que en un mismo dia reconciliase á mi padre con su hermano, y le diese un hijo.... qué mejor regalo para el dia de su santo!

ACTO QUARTO.

La escena representa una parte de la

habitacion de Francisco Beltran.

ESCENA PRIMERA.

El Ama *y* Carlota.

El Ama *está sentada y dormida con un libro de oraciones en la mano.* Carlota *entra con mucha timidez, y mira con miedo al rededor de sí.*

Carl. Deogracias. . . . no hay quien responda? (*Apercibe al* Ama *dormida, se asusta, y no sabe si seguir ó retirarse: por fin tose.*)

El Ama *despierta, bosteza, y se restrega los ojos.*

Me parece que he oido toser.

Carlota *vuelve á toser.*

El Ama *con ayre.*

Quién está ahí?

Carl. Una servidora de usted.

El Ama *siempre con el mismo ayre.*

Quién es? . . . . qué se le ofrece á usted?

Carl. Queria hablar al señor Capitan.

Ama. No se puede saber para qué?

Carl. Como son hoy sus dias venia á dárselos.

Ama. Oh! Lo que hace ser ricos! Aunque un pobre tuviera cada año diez ó doce dias semejantes, no habria un alma que atravesase sus puertas; pero los de un rico, no queda amigo, vecino, ni pariente que no esté esperando que lleguen: y para que no se les pase el dia por alto hacen una cruz en el calendario; y así acuden que parece un hormiguero. Poder de Dios! .... Pero vaya, y qué interes tiene usted en darle los dias en persona?

Carl. Eso yo sabré decírselo.

Ama *remedando la voz de* Carlota.

Yo no digo que usted no se lo sepa decir: la dificultad está en verle. Sabe usted que yo soy aquí el Ama, y que es conmigo con quien....

Carl. Yo no sabia que mi tio fuese casado.

Ama *sorprehendida.*

Mi tio!.... pues qué es usted su..... pero sí.... la cara lo dice.... no hay duda.... usted es la señorita Beltran!

Carl. La misma.

Ama *mirándola de lado.*

Con efecto es un vivo retrato de su madre.... su ayre....

Carlota *arrimándose con ayre de confianza y amistad.*

Qué conoció usted á mi madre?

Ama. Un poco.... solo de vista.. Pero en resumidas cuentas, qué es lo que usted quiere hacer aquì? no sabe usted que su tio ni por sueño quiere oir ni entender nada de ustedes?

Carl. En otro tiempo es cierto: mas ahora que ya se ha acabado ese pleyto fatal....

Ama. Cómo? acabado? de veras?.... ah! por fin á mi pobre amo le han embaucado.

Carl. Es bien extraño que usted sienta un suceso que á todos nos ha llenado de alegría.

Ama. Por la cuenta que á ustedes les tiene.

Carl. El interes es lo de ménos: la reconciliacion de dos hermanos es lo que nos hace celebrar el suceso que allana el camino para ella.

Ama. Sí..... estamos.... ya viene usted bien alicionada.... Mire usted, hija mia, es tiempo perdido. Vuélvase usted á su casa, que el señor Capitan está durmiendo, y me ha prohibido que le entre recado de nadie.

Carlota *afligida.*

Con qué no es posible que yo le vea?

Ama. No se le dé á usted nada, hija: qué adelantará usted con ver á un hombre intratable, que no abre la boca que no sea para regañar, y que en su cara está manifestando su mal humor?

Carlota *en tono de súplica.*

Sin embargo, usted me permitirá que vuelva luego mas tarde.

Ama. Guárdese usted de eso!... bastaba que yo le dixese que habia usted estado aquí para montarse en cólera, y que la gota le acometiese con mas fuerza.

Carl.

Carl. Qué me dice usted! voy á dár á mi padre una pesadumbre... me habia asegurado que mi tio tenia un corazon tan bueno y tan honrado....

Ama. Honrado.... sí; pero fácil de irritarse. Váyase usted ántes que se levante.... créame, hija mia.... Váyase no sea que la encuentre aquí, pues en el primer pronto... Dígale usted á su padre que siempre he estado haciendo por ablandar en favor suyo el corazon de su hermano; pero que todo ha sido excusado.

Carl. Pobre padre mio....

Ama. Pobre!... ya lo conozco.... pero no todos podemos ser ricos.... bástanos ser honrados.

Carl. Honrados nosotros lo somos.... Quédese usted con Dios.

Ama. Es cierto que me da làstima.... cómo ha de ser.

(Carlota *se retira despacio.*)

Abur, niña. (*Aparte.*) Al fin se va: gracias á Dios!...

ESCENA II.

Los mismos, *y* Juan Buller, *que encontrando á la puerta á Carlota, incierta y cuidadosa, la dice:*

No quisiera engañarme, señorita; pero me parece que va usted....

Carl. Yo queria haber visto á mi tio; pero no me lo han permitido.

Juan. Es usted la señorita Beltran?

Carl. Para servir á usted.

Juan. Sea usted muy bien venida: que quando una persona tan bella y tan virtuosa entra en una casa, la bendicion del cielo lleva consigo.

Carl. Dios lo haga.

Juan. Y quién es el que se ha atrevido á privar á usted que vea á su tio?

Ama. Yo.

Juan. Ola! Y qué facultades tiene usted para eso?

Ama. Vaya: no se meta en lo que no le importa: déxela usted que se vaya, que el amo está durmiendo.

Juan. Durmiendo! cómo puede ser eso, si no ha medio quarto de hora que he estado yo con él, y me mandó que volviese pronto para que le leyese en el libro grande, en que tiene escritos sus largos viages de mar? Espere usted un instante, señorita, que yo mismo voy à entrarle recado...

Carl. Yo esperaré todo lo que usted quiera.

Ama *poniéndose á la puerta del quarto.* Deténgase usted, Juan.... adónde va usted.... no quiero que usted entre.

Juan. Yo creo que tiene usted el diablo en el cuerpo, Ama. Apártese usted de ahí.....

La quita con un poco de aspereza, y entra en el quarto de su amo.

ESCENA III.

El Ama *y* Carlota.

Ama. Oye usted.... cómo tiene valor... á una muger como yo.... yo afrentas de un pícaro!... (*A Carlota.*) Vaya: ya estará usted contenta, y la podemos dar la enhorabuena: ya entrará usted á representar el papel que tan bien aprendido trae. Vaya usted, vaya usted á ver á su tio: adúlele usted mucho y hágale quatro carocas, que no le faltan algunos escudos para pagarlas....

Carl. Yo solo quiero su amistad.

Ama *cada vez con mas despique.*

Sí, eso es..... mire usted con lo que nos viene, como si aquí no supiéramos por donde va el agua al molino.... ese es uno de los mil modos que hay de sacar los quartos.

Carl. Pero, señora, qué mal le he hecho yo á usted?

Ama. Usted á mí! ninguno.... Hay ciertas gentes que no ofenden jamas á nadie; ... pero si ciertas gentes hubieran de decir todo lo que en el pueblo se dice de ciertas gentes.... pero mejor es.... Vaya, abur, señorita. (*La hace una muy profunda reverencia con ironía.*) *Vase.*

ESCENA IV.

Carlota *sola.*

Con efecto, Ana tiene razon: esta muger es el diablo: mucho me alegro que se haya ido, con eso hablaré mas libremente á mi tio: pero será verdad que es tan adusto y tan regañon?. . puede que no, y que solo por intimidarme lo haya dicho: quién sabe? Y aun quando lo sea..... qué!.... Aquí se trata de dar gusto á mi padre. Pues ánimo, Carlota, ánimo.... que un mal quarto de hora pronto se pasa.... Pero pisadas siento. Oh! cómo me palpita el corazon! (*Se detiene con timidez en el fondo del teatro.*)

ESCENA V.

Francisco Beltran, Juan Buller *y* Carlota.

Francisco, *sentándose en una silla poltrona, sin mirar donde está Carlota.*

Qué me quiere mi sobrina?

Juan. Yo no lo sé; pero por la amabilidad de su cara apostaria que trae alguna buena nueva.

Francisco *despues de una pausa.*

Y bien, dónde está.

Juan. Todavía se está á la puerta.

Franc. Pues qué, quiere que yo vaya arrastrando á buscarla?

Juan. Vaya.... acérquese usted, señorita.

Carlota, *titubeando, y llena de timidez, se está parada.*

Francisco, *escuchando si se acerca.*

A fe mia, que no la siento.

Juan. Si está temblando.

Franc. Y por qué diablos tiembla?

Carlota, *acercándose algunos pasos.*

Yo.... yo....

Francisco *á* Juan, *que está al lado de la silla.*

Y bien, no sabe hablar?

Juan. Está llorando.

Franc. Y á qué diablos viene ese llanto?

Carlota *esforzándose á serenasre.*

Mi querido tio: yo vengo á felicitar á usted....

Francisco *con dureza.*

Por qué?

Carl. Porque es el dia de su Santo.

Franc. Te lo estimo — pero no has sabido andar hasta ahora?

Carl. Desde que tengo uso de razon he estado deseando....

Franc. Ya, ya ... quántos años tienes?

Carl. Diez y siete.

Franc. Con efecto.... ya hace diez y seis que yo volví de mis viages, y entónces eras como un puño.

Carl. En aquel tiempo feliz me llevaba mi tio en brazos, y me prodigaba sus caricias. Quántas veces me lo cuenta Ana, y con qué gusto la estoy yo oyendo!

Franc. Qué, vive todavía la vieja Ana?

Carl. Sí señor; y mi madre se murió tan jóven!...

Franc. Mucho sentí su muerte. Excelente muger! no hay duda, excelente!

Carl. Si no hubiera muerto, algunas cosas hubiera evitado.

Franc. Bien puede ser! Por ella no hizo tu padre mas de quatro majaderías.

Carl. Mi padre ha podido engañarse, y los hombres díscolos alucinarle; pero nunca han podido arrancar de su corazon el amor á su hermano.

Franc. Buenas pruebas me ha dado en quince años.

Carl. Eso ya se acabó. El tribunal de paz ha echado un velo sobre lo pasado. Mi padre me ha dicho: „ve á „casa de mi hermano: anda, sé un „mensagero de paz. Tú estás inocente de todo: él te amaba á tí „quando eras una niña: amaba tambien á tu madre; acaso su memoria bastará para que te dé la mano de amistad, y tú con amor filial se la besarás.”

Francisco *siempre sin mirarla.*

Verdad es que tú estás inocente... no has aprendido mal la leccion..., pero eso no le hace.... á tí no te tengo

go ningun rencor.... vete en paz.... mas, ántes dime cómo te llamas?

Carl. Carlota.

Franc. Carlota.... cierto: — yo creo que fuí tu padrino....

Carl. Oh! pues quien se acuerda de eso no es posible que me envie de su casa sin concederme siquiera una mirada cariñosa.

Francisco *volviendo fugitivamente la vista ácia ella, pero sin fixarla.*

Bueno está eso.... vaya, anda con Dios, anda.... no te olvidaré en mi testamento.

Carl. Válgame Dios que expresion tan dura!...

Francisco *con ayre.*

Dura! por qué?

Carl. Tio! mi querido tio! yo deseo un lugar en su corazon de usted, no en su testamento.

Francisco *embarazado. La bondad de su corazon puede mas que la dureza de su mal humor.*

Bien.... es necesario.... yo soy tu padrino.... basta que te hayas tomado el trabajo de venir.... (*Mete la mano en la faltriquera*;

Carlota *en un tono dolorido.*

El trabajo!...

Francisco *dándole algunas Monedas de oro, y volviendo la cara.*

Toma esa friolera.

Carlota *tomando la mano con ternura.*

Querido tio! yo quiero la mano que usted me da, no el regalo.

Francisco *conmovido.*

Muchacha! qué orgullo!....

Carl. Solo el afecto de usted me haria tenerle. Véame usted à sus pies suplicándole me conceda una mirada, una sola. Mi buena madre no me ha dexado mas que sus facciones; mas ellas servirán à recordarle à usted una amiga que hace mucho tiempo que no exîste: enternezca esta memoria su corazon de usted.

Francisco *la mira muchas veces à hurtadillas con ternura: despues volviéndose à Juan.*

Juan... Es un vivo retrato de su madre!... Juan.... Yo no puedo mas; sácala de aquí.

Juan *sollozando.*

Mi Capitan, yo no puedo.

Francisco *de cada vez mas enternecido.*

Qué, lloras?... ya te he dicho que la saques de aquí.

Juan *levantando à* Carlota *la echa en los brazos del Capitan.*

Carl. Mi buen tio!... tio mio!...

Francisco *resistiéndose, pero débilmente.*

Detente muchacha! — Vea usted aquí lo que se llama dexarse llevar de la corriente sin brúxula ni mastil.

Carl. Tio mio! llora usted? Mas aprecio esas lágrimas que todo su dinero.

Franc. Vamos: esto es hecho: tú has vencido. Bien puedes ir, y ponerte de rodillas sobre el sepulcro de tu madre, y darle las gracias. Pobre muger.... me acuerdo que quando volvimos à casa despues de tu bautizo, me acerqué à su cama, y tomándome la mano, me dixo: querido hermano, te recomiendo esta criatura....si llego à morir... (*Los sollozos le impiden que continúe: en fin sigue.*) ... Al mes murió!... (*Calla por un momento, llorando amargamente, y de repente exclama.*) Ven hija mia, ven à mis brazos. (*Carlota se echa en ellos.*)

ESCENA VI.

Los mismos *y el Doctor* Blum.

Oh! à que buen tiempo llego!

Franc. Vea usted: esta maldita muchacha me ha hecho llorar como una muger. (*Fingiendo estar enfadado.*) Vaya vamos, quítate de ahí: apartate de mi presencia.

Carl. Sí, sí.... ya le he perdido à usted el miedo desde que conozco su corazon.

Franc. Ja! ja! ja! pues qué me temias ántes? Sin duda te habrian dicho que yo era un tigre.

Carl. Esa señora que usted tiene en casa....

Franc. Qué señora!

Juan. La bendita del ama.

Franc. Juan! tú andas buscando.

Juan. Y cómo quiere usted que calle habiendo visto lo que he visto?...voy à entrar en casa.... me encuentro à esta niña llorando que iba à salir.... la pregunto por que llora....me dice que porque no la dexan ver à su tio.... ya se ve, como yo sé que usted à nadie se niega, y ménos á los afligidos, la hice que volviese à entrar; quando cate usted que la bendita del Ama le cierra la puerta, y va y se pone à la entrada del quarto para que yo tampoco entrase. Vea usted eso (*Con enfado.*)...à mí quitarme que entre donde está mi Capitan!... Pues qué hizo viéndome enfadado, me salta con que está usted durmiendo, como si yo no supiera treinta años hace que mi Capitan no duerme siesta. Yo entónces para ahorrarme de qüestiones la agarré de un brazo, y la quité de la puerta con un poquito de ayre; lo mismo que he hecho varias veces con algunos pasageros que en tiempo de tempestad embarazan la tilla del navío, eh?

Franc. El Ama pudo muy bien creer que yo dormia, y hacer con buena intencion todo lo que ha hecho.

Blum. La señorita Carlota podrá informarnos mejor cómo ha sido recibida.

Carl. Jesus! mi corazon está tan contento que ya lo ha olvidado todo.

Franc. Qué es eso de olvidar? pues lo que ha pasado es cosa de....

Blum. Todo ello importa poco; y no es razon que estos pequeños nublados vengan à obscurecer el dia, el dia, el afortunado dia en que dos hermanos se reconcilian.

Franc. Alto ahí, Doctor: esta niña confieso que ningun daño me ha hecho: ella es mí ahijada, y ademas encuentro en sus facciones toda la amabilidad de su madre. Pero por lo que respecta à su padre, que siga su camino, que yo solo deseo no encontrarme con él.

Blum. Mi Capitan; pues al fin del viage.... allá donde todos los caminos se reunen, forzoso es que usted le encuentre.

Franc. Entónces baxará los ojos el que se sienta culpado.

Carl. Querido tio: yo intercedo por mi padre.

Franc. Nada, nada ménos que eso. — Ven ustedes?... apénas la he concedido un pequeño lugar en mi corazon, quando ya le quiere mandar en xefe.

Carl. Yo quiero adornarle con las flores del amor fraternal.

Franc. Xácaras!... esas flores hace muchos años que se secáron.

Juan. No conoce usted, mi Capitan, que con eso todo mudaria en casa de semblante? Entónces tendria usted quien le acompañase à fumar por las tardes: el gato favorito del Ama no se estaria todo el dia durmiendo en el sofá: un hermano de usted ocuparia su lugar, y sentados ámbos juntos se divertirian muchas veces recordando los juegos y las demas travesuras de muchachos.

Franc. Dexa que duerma el gato, que à lo ménos no me pondrá jamas ningun pleito.

Blum. Ya veo que es menester dexar obrar al tiempo. (*A Carlota.*) Váyase usted à casa, señorita, que la está à usted esperando su padre.

Franc. Eso no: yo quiero que se esté aquí. Bastantes años he estado esperando su visita, para que ahora no se me permita que se esté aquí mas tiempo.

Blum. Su padre enfermo la espera....

Carl. Quédese usted con Dios, tio mio: me permi irá usted que vuelva?

Franc. Mire usted qué pregunta! con que quisiera que.... ya se ve que te lo permito, y quiero que vuelvas....

y

y te lo mando.... lo entiendes ahora?

Carl. Sí señor, con mucho gusto.

Franc. Y bien: quándo volverás?

Carl. Mañana.... todos los dias.

Franc. Pero mira, quando vengas acuérdate de dexarte en casa esa vanidad. — Me comprehendes ya? — Pues! todavía estan por ahí tiradas las monedas de oro que.... No, no las cogerás tú.... ya lo sé yo eso....

Carl. Pero por qué se ha de tener à vanidad lo que es un amor desinteresado?

Franc. No, no: no las cogerá ella, aunque supiera que en eso me daba gusto!...

Carlota *las coge.*

Yo le doy à usted las gracias, tio: con ellas podré proporcionar algun alivio à mi pobre padre enfermo. Sin duda que usted me lo permitirá.

Franc. Haz lo que quieras.

Carl. Pero mas estimára que usted le enviase los buenos dias.

Franc. Pues vaya, dáselos de mi parte.

Carlota *besándole tiernamente la mano.*

Quede usted con Dios, mi querido tio! *Vase.*

Franc. Juan, acompañala hasta la calle.

ESCENA VII.

El Capitan *y el* Doctor.

Capitan *enxugándose las lágrimas con disimulo.*

Qué juicio hace usted de esta muchacha?

Blum. Esta es una niña llena de inocencia y de amabilidad.

Cap. De veras? — Pues en ese caso es menester hacer algo de ella. — Me parece, Doctor, que mas que à usted la respetan mis pies. Miéntras ha estado aquí no se han alterado estos vasallos rebeldes.

Blum. Pues el cielo le ha descubierto à usted un medio tan fácil y agradable de calmar sus dolores, hará usted bien de emplearle à menudo.

Cap. A menudo!... sí.... de buena gana.... pero el padre no querrá cederme su hija.

Blum. Pues hay mas que traerse al padre con ella.

Cap. Ya le he dicho à usted que eso no puede ser.

Blum. A otra cosa: sabe usted que tengo una enhorabuena que darle? — El pleyto está sentenciado.

Cap. Lo está ya? Mucho me alegro; y por ello le doy à usted las gracias. No pregunto qual es la sentencia, porque me es indiferente.

Blum. Usted tendrá el derecho de disfrutar del jardin por los dias de su vida.

Cap. Yo lo cedo en mi sobrina.

Blum. Y despues de ellos volverá à su hermano de usted, ò à sus herederos y legítimos sucesores.

Cap. Ya he dicho que desde luego se le cedo à su hija.

Blum. Mucho tiempo hace que debia usted haberlo hecho.

Cap. Por qué ella no ha venido ántes?

Blum. Demos gracias à Dios de que no haya venido mas tarde. Oiga usted ahora la súplica de un amigo, y las órdenes de un médico. Usted ha recibido hoy unas sensaciones tan varias y tan violentas, que de necesidad debe usted procurar distraerse, y salir à tomar un poco el ayre.

Cap. De buena gana: un viejo marino no se hace de rogar para eso.

Blum. Tengo convidados algunos amigos à una merienda; y el sitio en que contamos gozar de esta hermosa tarde de primavera es precisamente.... pardone usted la confianza.... su jardin de usted.

Cap. Mi jardin!

Blum. Sí señor: yo he contado con que usted despues de quince años volveria gustoso á poner los pies en un terreno, en que cada planta es preciso que le recuerde los placeres de su juventud.

Cap. Sí.... pero al entrar.... no sé lo que

me sucederá. Si durará todavía aquella puerta vieja que tenia el jardin? Yo me acuerdo que siendo muchaho pinté encima de ella un Húsar con lápiz encarnado.

Blum. Pues aun no se ha borrado del todo.

Cap. Qué aun subsiste! ¡Quántos han muerto desde entónces acá; y quántos sucesos han pasado, y se han desaparecido rápidamente en el océano del tiempo; y sin embargo mi Húsar está siempre corriendo! — No hay que hacer — sí — iré con gusto al jardin — al instante. — Si usted supiera qué gana tengo de ver mi Húsar! — Juan!

ESCENA VIII.

Los mismos *y* Juan.

Mande usted, mi Capitan.

Cap. Pronto; la berlina.

Blum. Para qué, si está la mia à la puerta?

Cap. Nosotros nos vamos, Juan: y à que no adivinas dónde? — Vamos à mi jardin. — El pleyto se acabó. — Yo voy à mi jardin. — Dame, dame el sombrero.

Juan. Yo me alegro de verle à usted tan contento.... pero (*Con ayre misterioso.*) ántes de que usted se vaya, es menester que hagamos en casa una expedicion.

Capitan *admirado.*

Una expedicion!

Juan. Sí señor: ya se ha escurrido el señor Raffer en el quarto del Ama.

Cap. Y qué me importa à mí eso?

Juan. A mí me importa mucho.---Usted no sabe cómo tengo yo mi corazon desde que esta mañana me trató usted de calumniador é impostor! Yo sé que de un pobre diablo como yo, se le debe de dar à usted un bledo; pero no debe serle indiferente saber si soy capaz de engañarle.

Cap. Calla, tonto! Si sabré yo que tú eres un hombre honrado?

Juan. Es que yo quiero que usted sepa que mi veracidad es igual à mi bondadez; y para ello he proporcionado un escondrijo en el gabinete de arriba: y si.... vaya.... no podré dormir con tranquilidad miéntras no le haya à usted convencido.

Cap. Pues de ese modo será menester darte gusto.

Blum. Entretanto me adelantaré yo para recibir los convidados. Hasta luego. *Vase.*

ESCENA IX.

El Capitan *y* Juan.

Capitan *deteniéndose repentinamente*

Sabes lo que estoy pensando, Juan? que esta diligencia es inútil. --- Porque supongamos que con efecto oigo yo mismo y veo que esa muger me está engañando, qué quieres tú que yo la haga?

Juan. Echarla de casa.

Cap. Hombre, yo creo que eso lo habia yo de sentir mas que ella; porque siempre que he tenido que despedir à alguno, he estado desazonado ocho dias ántes. — Además, de que si se me ha metido en la cabeza que uno me estima, el probarme lo contrario seria hacerme un servicio bien desagradable.

Juan. Es verdad; pero hoy dia bien puede usted.... toma.... como que ha adquirido usted una sobrina, que vale mas que todas las amas del mundo.

Cap. Tienes razon, Juan. Mira: miéntras subimos la escalera veme hablando de ella; verás como subo con ménos trabajo. *Vanse.*

ACTO QUINTO.

El teatro representa la alcoba del Ama. A la derecha habrá una mesa con botellas de vino una gran torta y dulces.

ces. Al lado un cofre tumbon. ò una gabeta.

ESCENA PRIMERA.

Capitan *y* Juan Buller.

Durante esta Escena y la siguiente no se les ve, solo se les oye, y que hablan arriba.

Juan. Hemos llegado ò muy tarde ò muy temprano.
Cap. Por qué?
Juan. Porque no hay nadie en la alcoba.
Cap. Chit! pues de ese modo, vámonos de aquí.
Juan. Chit! estése usted quedo.... aun no han venido, que veo botellas llenas, y una mesa cubierta de tortas.
Cap. Déxame verlo.
Juan. Lo ve usted?
Cap. Sí, sí, sí que lo veo.... pero esto de tenerme que baxar tanto, no es muy cómodo para un gotoso. (*Se levanta, y su voz se aleja.*)
Juan. Allí tienen una torta tan grande como la gavia de un navío: .... no, pues la que ella le puso à usted en la mesa, bien chiquitita era. Pero chit! ... ya vienen.
Cap. Déxame arrimar un poco.

ESCENA II.

El Ama *y* Raffer.

Ama. De qué ralea tan maldita son los hombres! No me hartaré de rezar de noche y de dia para que la ira del cielo caiga sobre ellos.
Raf. Ay, amiga mia! de poco nos servirán ya nuestros rezos. — La reconciliacion está hecha.
Ama. Siéntese usted, mi querido Raffer, y procuremos divertir un poco nuestra tristeza. (*Le echa muchas veces de beber, le ofrece tortas y dulces, y ámbos comen con apetito.*)
Raf. En quanto al jardin...no se perdia mucho — Excelente vino es este, Ama.— Mas acaso eso mismo les alejará. — Pero el platónico del Doctor no estará allá mucho. -- Muy buena está la torta de almendra. --- Será tanto lo que él predique y declame, que me temo que ha de llegar à conseguir el reunirlos; y entónces, à dios herencia.
Ama. Amigo de mi alma, usted me mata con eso.... Qué partido tomarémos?
Raf. Evitar quanto sea posible todas las visitas de esa casa.
Ama. Ay, Dios mio! .... qué no hice yo por echar vergonzosamente à esa muchacha.... pero ese Buller la hizo entrar, y yo creo que todavía se está con el viejo.
Raf. Quién?
Ama. La señorita Beltran.
Raf. Ella está con él?
Ama. Ahí es nada con qué empeño (*Arremedando en el tono à* Carlota.) deseaba darle los dias à su querido tio!
Raf. Y cómo ha permitido usted que ella se quedase con él?

El Ama. *mirándola tierna y amorosamente.*

Me reprehenderá usted por eso?.... primero era esperar á quien tanto quiero.
Raf. Yo se lo agradezco à usted en el alma; pero eso no le hace para dexar de conocer que ha incurrido usted en un descuido de la mayor conseqüencia. Yo la conozco muy bien à esa niña: posee qual nadie el arte de agradar y complacer: por fin parece que à usted tambien le interesa.
Ama. Pues qué habia yo de permitir que esa mocosa viniese ahora con sus manos lavadas à coger el fruto de quince años de trabajos? No faltaba mas, sino que para ella hubiera yo estado quince años, como quien no dice nada, acariciando à ese viejo loco, envolviéndole las piernas en pellicas de liebre; y lo que es mas insufrible, tenerle cada instante que estar oyendo relatar la historia de sus hazañas.

Capitan *voz sorda.*

Chit! Habrá infame!

Raf. Qué es eso? me parecia haber oido hablar.

Ama. No, no: no tenga usted miedo: solos estamos: ni quién habia de tener valor para entrar hasta mi alcoba sin mi licencia! (*Señalando al cofre.*) Vea usted mi favorito, el depositario de mis cortos bienes....el consuelo de mis tristezas. (*Le abre, y* Raffer *le mira, manifestando en sus ojos su codicia.*) Aquellos grandes talegos que usted ve allá abaxo no tienen mas que plata... pero estos (*Saca dos taleguillos, y los pone sobre la mesa.*) Oh, amigo!....estos estan llenos de muñequitas de oro con que yo me entretengo.

Raffer *acariciando á los sacos.*

Ah, picarillos!.... y cómo os quiero.. .. Es cierto que tal simpatía....

Ama. Esto es, amigo mio, lo que yo le podré.... pero ah! si yo hubiera previsto lo que ahora.... quánto mas podia haber juntado! — Ya se ve: la esperanza en el testamento. — Echemos otro trago.

Raf. A la salud de usted....

Ama. En esos brazos es en donde cuento empezar à vivir.

Raf. Siempre que el testamento....

Ama. Hay mas que disponerle como hemos dicho?.... Apuntar un corto legado à la sobrina, y de ese modo nos mirará como desinteresados. — Mañana tempranito yo echaré al fastidioso Buller, y atacaré al viejo loco del amo, de modo que no pueda resistirse. — Primero habrá aquello de sentimientos... luego un torrente de lágrimas....despues le envia á llamar à usted....y por último firma.... y una vez firmado, llegue quando quiera su última hora.

Capitan *en voz alta.*

Deteneos, vil canalla!.... raza maldita.... La ira de Dios!.... (*Oyese un gran ruido en lo alto.*)

El Ama *temblando.*

Dónde estoy yo, Dios mio! este es el viejo que nos estaba escuchando!. .. Perdidos somos!... el diablo anda suelto!.... Pronto, mi frasquito de espíritu de....ay!... allá está.... en la chimenea....

Cae desmayada.

Raf. A la disposicion de usted. — Yo me escurro: — preciso; — pero hé de perder todo el tiempo que he andado rodando à esta vieja loca? — eso sí que no.... (*Toma un talego de plata, se le mete en el seno, y quiere huirse, pero repentinamente se vuelve.*)... Maldita sea mi fortuna!... ya estan en la escalera.... (*Mira con incertidumbre al rededor de sí.*).... ya llegan... escondámonos. (*Echase en la cama del* Ama, *y corre las cortinas.*)

ESCENA III.

Los mismos, *el* Capitan *y* Juan.

Cap. Malditos del... ja! ja! ja! esta se ha desmayado. — Con eso si muere se la frustra.... pero su fiel agente dónde está?....

Juan. El no se puede haber escapado, porque yo he baxado tan pronto como un relámpago. (*Le buscan por todo al rededor.*)

Cap. Buller, déxale que se vaya....no podrá huir à su conciencia.

Juan *descorriendo las cortinas, y sacando à* Raffer *por los pies.*

A Dios, señor Raffer.

Raf. Yo soy su mas humilde....

Cap. Sí: usted es aquel tan hombre de bien!... Por qué está usted ahí metido en el casto lecho de una viuda?

Raf. Me dió tal sueño un vaso de vino añejo que me dió el Ama... y me ha perturbado la cabeza de modo.. ..que....

Capitan *viéndole el talego, y sacándosele del seno.*

Sin

Sin duda que con la borrachera echó usted mano de este taleguillo...eh?

Raffer *con una firmeza afectada.*
Pues qué, amigo mio.... qué.... será usted capaz de creer.... yo soy un hombre de bien....

Cap. Usted es un pícaro.—Vaya, desocupe usted el puesto.... pronto...y dé gracias à mi gota de que no vengo en sus costillas à tantos hombres de bien como su bellaquería tiene engañados.

Raf. Un pícaro! ja! ja! ja! y se atreve usted à decirlo en voz alta!..Por su propio honor debe usted callarlo...el Ama le ha engañado à usted... yo he engañado al Ama... y qué tiene eso de particular? nada. Todo ello es muy consiguiente.

Juan *escupiéndose en las manos, y disponiéndose à echarse sobre* Raffer.
Mi Capitan.... me da usted licencia para....

Cap. No, no.—Déxale que se vaya. ...líbrenos de su presencia.

Raffer se va.

ESCENA IV.

Los mismos *sin* Raffer.

Juan *señalando al* Ama.

Y qué hemos de hacer con esta muger?

Cap. Está muerta?

Juan. No hay que temer....los pícaros tienen siete vidas.

Cap. Despues que yo me vaya échala de casa: lo entiendes?

Juan. Gracias à Dios que me da usted una comision que hace quince años que la estaba deseando! — Y todo este dinero robado?....

Cap. Yo te lo doy.

Juan. No permita Dios que yo ensucie mis manos con ello.

Cap. Puedes fundar un hospicio.

Juan. Eso seria hacer al cielo cómplice de un crímen.—De ningun modo.

Cap. Pues haz de ello lo que quieras: ahora ven à ayudarme à subir à la berlina....luego echarás esa muger à la calle; y despues irás al jardin à contármelo. — A Pedro que me acompañe.

Juan. Muy bien.

Capitan *deteniéndose à la puerta, y echando una mirada al* Ama.
Hm! es cosa muy rara!... Juan, querrás creer que no puedo sin dolor echar esa muger!

Juan. Sí señor: el trato continuo....

Cap. No hay duda: seria uno capaz de aficionarse al mismo diablo, si comiera con él un año seguido.

Vanse.

ESCENA V.

El Ama *sola, abriendo los ojos, y echando una mirada àcia la puerta: despues àcia los talegos que estan sobre la mesa; y por último àcia el cofre ò gabeta.*

O cielos!.... es posible!... que este insolente Buller ha de disponer à su arbitrio de mi dinero! Yo no sé como no me desmayé de veras quando lo oí!... Pero cómo?.... Mas él vuelve.... chit. (*Finge estar todavía desmayada.*

ESCENA VI.

El Ama *y* Juan.

Todavía estás así!.... pero te curaré.... oh!.... qué remedio tan eficaz este para.... (*Toma un talego, y lo suena al oido del Ama.*) No creia yo que dexase de.... (*Le vuelve à sonar, y el Ama alarga la mano.*)... Vaya, vaya, ya tenemos muger.

Ama. Dónde estoy.

Juan. En una casa en que hace quince años está usted de sobra; y en donde en ménos de cinco minutos no estará usted ya.

Ama.

Ama. Ese es el pago que mis servicios me recen!

Juan. Usted ha servido al diablo....y él la recompensará.

Ama. Usted es un insolente!

Juan. Recoja usted pronto su hatillo, y.... fuera.... fuera....

Ama. Usted no es el que me ha de mandar à mí.

Juan. No tenga usted gana de que.... Mire usted.... cuidado que ya lo sabemos todo. — Y el mayor favor que usted le puede hacer al amo es no volverse en su vida à ponérsele delante.

Ama. Pues si tenia ese ánimo, por qué no me lo ha dicho él mismo?

Juan. Porque se lo ha querido encargar à mi boca, y en caso de resistencia à mis puños.

Ama. Amigo Juan, usted se chancea. ... Sí, no hay duda.... Vaya, tome usted ese escudo, y échese un trago à mi salud.

Juan. Primero me muriera de sed.— Vamos — qué hace usted que no se marcha?.... pronto. — Dexe usted cerrado ese armario, que yo tengo que ir à buscar al amo, y no puedo esperar à que usted haga sus lios.

El Ama *cerrando con cuidado su armario.*

Siquiera me estaré aquí hasta mañana por la mañana.

Juan. Hasta mañana!.... ni un instante..

Ama. Sí.... pues veremos.... Yo no me he de mover de aquí.

Juan. Qué?.... que no se moverá usted de ahí?

Ama. No señor.

Juan. Vamos, Ama: váyase usted de bien à bien!

(Viéndole que se está quieta la coge entre sus brazos, y la lleva por fuerza ácia la puerta, à pesar de los esfuerzos con que ella lo resiste.)

Dicen los dos à un tiempo.

Juan.	Ama.
Querida Ama de mis ojos, tenga usted la bondad de desocupar el puesto: permítame usted q̃ la diga el último à Dios, aunque el corazon se me parte de pena. — Qué, llegamos ya à la puerta? pues abur mi cara amiga...Lucifér te acompañe!..	Juan! cómo se atreve usted! Juan, suélteme usted — mire usted que le arranco los ojos— que le tiro un mordisco.Querido Juan, yo le regalaré à usted un doblon de oro. —Juan mio — honrado Juan.Maldito seas. *(Estas últimas palabras se oyen á lo léjos.*

ESCENA VII.

El teatro se muda repentinamente en jardin, á cuyos dos costados se ven unos emparrados enrejados, y baxo de ellos unos bancos de céspedes.

Felipe Beltran, *y* Ana *que le sirve de apoyo.*

Parémonos aquí donde pueda ensancharse mi corazon, y gozar de los dulces sentimientos que experimento: donde pueda fixar la vista sobre estos sitios deliciosos que sirviéron de teatro à los juegos de mi infancia. Quántos años se han pasado sin que mi corazon haya tenido igual complacencia! Aun los dias mas alegres, y en que este jardin convidaba con su hermosura, fuéron cubiertos por el tenebroso manto de la discordia! Discordia fatal! Pero al fin, al ocaso de mi vida el horizonte se ha despejado, y mas activos los rayos del sol han disipado las nubes, y ha sucedido la serenidad. Ya respiro con mas libertad: ya puedo volver à amar à mi hermano, à aquel amigo y compañero de todas mis juveniles diversiones.

Ana. Basta el buen acogimiento que ha hecho á la señora Carlota, para

que

que yo me reconcilie con él. No, en nada se ha mudado: siempre es el mismo *Francisco*.

Fel. Sin duda: siempre fué bueno: si por cierto tiempo han conseguido los pícaros corromper la pureza de sus sentimientos; ya, superior à sus infernales sugestiones, vuelve à ser sensible à las dulzuras del amor fraternal. — No ves en la corteza de aquel tilo viejo las iniciales de nuestros nombres? F. F. Treinta años ha que crecen con el árbol que las conserva à pesar del tiempo y de sus injurias.

Ana. En el pabellon que usted ve allá à lo último del jardin, me acuerdo yo haber hecho café; y que ustedes siendo niños iban à buscar ramillos secos para encender la lumbre.

Fel. Sentémonos baxo de este emparrado en que siendo niño he sudado tanto para aprender la leccion! (*Entran en el emparrado*: Felipe *se sienta, y despues de una pausa.*) Y qué haya quien sostenga que la vejez no es capaz de ningun placer, como si no lo fuera, y muy grande, el volver con el pensamiento à aquellos tiempos felices de la juventud, trayendo à la memoria sus primeras diversiones! Ah! quánto ménos goza la juventud de lo presente, que la vejez de lo pasado!

ESCENA VIII.

Los dichos sentados baxo de un emparrado: Francisco Beltran *conducido por un doméstico se presenta en el fondo del jardin, y se va adelantando.*

Franc. Voy à olvidarme de quanto he visto, por estar mas en lo que veo. (*Mira por todas partes, y procura evitar su emocion: por último dice al criado.*) Vete de ahí con mil... (*El criado le mira sin saber que hacer.*)

Francisco *en tono mas suave.*

Vete allá fuera hombre, vete allá fuera, y estate cruzando cerca de la puerta, que yo me andaré solo por aquí hasta que Juan venga.

(*Vase el criado.*)

ESCENA IX.

Francisco *solo.*

No he querido que lo viese; no se hubiera reido poco de ver à un viejo como yo llorar como un niño. (*Se detiene apoyado en su baston, y exâmina el jardin por todas partes; y alargando la vista á lo léjos exclama*:) oh!... allí está!... todavía subsiste el viejo peral.... y está cubierto de flor. Quántas veces en mi tierna edad me acuerdo que hemos trepado por él mi hermano Felipe y yo! Entónces no tenia yo la gota. — Si mal no me acuerdo aquí estaba el quadro en que mi madre cultivaba sus flores. — Qué árido è inculto está! solo produce zarzas y espinas un terreno que yo he conocido cubierto de azucenas y jazmines! — Entremos en este emparrado, donde me acuerdo haber leido la primera vez las aventuras de Robinson. *Se sienta.*

ESCENA X.

Felipe *y* Ana *en un emparrado, y* Francisco *en el otro.*

Fel. Me parece que habia ido hablar?

Ana *sacando la cabeza fuera del emparrado.*

Allá baxo, en aquel emparrado que está enfrente de nosotros se descubre un señor anciano.

Felipe *mirándole.*

Este es sin duda alguno de los convidados del Doctor.

Francisco *percibiendo á* Felipe.

Quién puede ser aquel viejo enfermo, que diviso allá abaxo? preciso es que yo le haya visto en alguna parte.

Fel. Ana, la cara de ese buen viejo no

es nueva à mis ojos: yo le he de conocer.

Franc. Y à la vieja tambien. — No hay duda, yo la he visto, ò la he soñado.

Ana. Con efecto.... algun conocimiento antiguo.

Fel. El Doctor nos sacará de dudas.— Dónde se habrá detenido? Mas allí viene.... voy à preguntarle.... pero se dirige al anciano.... dexémosle hablar. (*Se retira à lo interior del emparrado.*)

ESCENA XI.

Francisco Beltran *y el Doctor* Blum.

Blum. Y bien amigo mio, no le agrada à usted este sitio?

Franc. Y tanto, que quisiera acabar en él mis dias. (*Llamándole mas à sí.*) Oigame usted: aquel anciano enfermo, que está en el emparrado de allá abaxo, es alguno de los convidados?

Blum. Sí señor.

Franc. Segun voy viendo, parece que quiere usted juntar aquí algun hospital.... Estan enfermos todos los convidados?

Blum. Sí señor, y pienso que salgan sanos.

Franc. Y quién es ese hombre?

Blum. Pues qué, no le conoce usted?

Franc. Si usted me dice el nombre, puede que haga memoria.

Blum. Pues pregunte usted su nombre à su mismo corazon.

Francisco *sorprendido.*
A mi corazon!

ESCENA XII.

Los Mismos, *y* Carlota *con el delantal lleno de flores.*

Franc. Ah! esta es Carlota!... Tú tambien estás aquí?

Carlota *esparciendo flores desde un emparrado al otro.*
Sí Señor, tio mio.

Franc. Qué estás haciendo, niña?

Carl. Sembrando de flores un camino, que tanto tiempo ha estado cubierto de zarzas y espinas.

Franc. Qué quieres dar à entender con eso?

ESCENA XIII.

Los mismos, Felipe *y* Ana.

Durante la última Escena el Doctor Blum *se ha arrimado al emparrado de* Felipe.

Felipe *al Doctor* Blum.

Hágame usted el favor de decirme quién es ese caballero?

Blum. Es un amigo, à quien he convidado porque son hoy sus dias.

Felipe *turbado.*
Sus dias!

Francisco *con inquietud à* Carlota.
Ven acá, hija mia, conoces tú à ese viejo que está allá abaxo?

Carl. Ah! mucho que le conozco.

Franc. Quién es?

Carl. Quince años hace no lo hubiera usted preguntado.

Franc. Pues yo quiero saber quién es.

Carlota *corriendo al otro emparrado, y saltando al cuello de su padre.*
Este es mi padre.

(*Escena muda. Los dos hermanos se conmueven, y se echan con disimulo algunas miradas.* Blum *les está contemplando con una secreta alegría.*

Francisco *aparte.*
Cómo se conoce que ha padecido!

Felipe *aparte.*
Qué acabado está!

Francisco *aparte.*
Cómo manifiesta su pobreza! Sin duda que él ha estado careciendo de lo necesario miéntras à mí me estaba robando el Ama.

Fe-

Felipe *aparte.*

Desechemos la falsa vergüenza que me impide precipitarme en los brazos de mi hermano. —

Carlota *alargando sus manos á los emparrados mira alternativamente, y con un amoroso è inquieto semblante, ya á su padre, ya ó su tio.* Felipe *se levanta, y sale un paso fuera del emparrado.*

Francisco *muy inquieto.*

Valgame Dios!... yo creo que viene!..

Carl. A mí, mi querido tio.

Francisco *se levanta.*

A tí? y que quieres que yo haga junto á tí?

Carl. A mí, padre mio!

Fel. De buena gana, hija mia! (*Arrimase á ella, y le toma la mano.*)

Carlota *en tono halagüeño y suplicante.*

A mí, mi querido tio.

Francisco *arrimándose.*

Vaya, ya me tienes aquí.

Carl. Deme usted su mano.

Francisco *volviendo la cara.*

Tómala.

Carl Acérquese usted mas.... todavía mas.

Carlota *trae á sí las manos de ámbos y las junta.*

Felipe *con un profundo dolor.*

Hermano!

Francisco *le mira, dexa caer su baston, y abre los brazos.* Felipe *se echa en ellos.*

Carlota *echándose en los de* Blum.

Todo es obra de usted, hombre generoso.

Francisco *con voz lamentable.*

Cómo dice tu semblante lo mucho que has padecido, hermano: tu exterior condena mi....

Fel. He estado muy malo; pero tus beneficios á pesar de nuestras discordias me han sido de mucho alivio.

Franc. Quieres avergonzarme!

Fel. Pues no eres tú el que has pagado mis deudas — el alquiler de la casa — la.....

Franc. Felipe, mas quiero que me digas mil injurias.

Blum. Padre mio, perdone usted un inocente engaño. Como yo ansiaba la reconciliacion de ustedes, atribuí al hermano lo que era obra mia, y de mi deseo.

Francisco *al* Doctor.

Amigo mio, le doy á usted gracias por la eleccion, aunque con ella me mortifique tanto.

Fel. Oh! hija mia! qué hijo me das tan digno!

Franc. Hijo qué significa eso?

Fel. Hablo del Doctor Blum, de ese hombre incomparable, para quien la bondad de corazon, y la inocencia, son mas apreciables que todas las riquezas.

Franc. Ya lo entiendo..... pero mi sobrina no es pobre. No es ella mi única heredera? no es Carlota? Oh! nosotros ya nos conocemos. (*Señalando á Ana.*) Y bien.... por qué llora?

Fel. La buena vieja llora de alegría.

Franc. Es esta la viejecita Ana?

Fel. Pues no lo ves?

Franc. Ana eres tu? dame la mano. Esta mano que tantas veces me ha preparado la manteca.... tú has permanecido fiel.... y yo quiero que en premio no carezcas de nada.

Ana *sollozando.*

Yo no puedo.... yo no puedo hablar.

Franc. Como se conoce que las lágrimas la salen del corazon.

ESCENA XIV.

Los dichos *y* Juan.

Viva la alegría, mi Capitan. Las órdenes de usted ya quedan executadas: he puesto en la calle al Ama, sin que le haya valido su resistencia.

Franc. Muy bien: vaya con Dios. Ahora solò tú me faltabas: ven.

Fel. Y yo.

Carl. Y yo.

Blum. Y yo.

Franc. Sí, todos vosotros. — Ah! venid todos, á ver si me es posible abrazaros juntos — venid. — Pero

qué

qué importa? Todos estareis en mi corazon.

Juan *vivamente y con emocion.*

Mi Capitan, si yo no me engaño.... su hermano de usted....

Franc. Sí, con efecto: todo lo hemos olvidado, todos me aman de nuevo. Te acuerdas de aquel dia en que hice aquella rica presa á los Ingleses, que en un solo instante pasáron á mis manos tantos tesoros? pues mira, este momento me enriquece mucho mas. — Ven, hermano Felipe: (*Pasándole un brazo por el cuerpo.*) llámame tú *Francisco.*

Fel. Mi amado Francisco!

Franc. Sea enhorabuena.... yo me felicito. — Carlota, (*Abrazándola con el otro brazo.*) ya sabes lo que prometí á tu madre. Mira, Felipe, qué piensas tú? A mí me parece que ella está aquí en medio de nosotros.

(*Levanta al cielo los ojos enternecidos.*)

Blum *profundamente movido y entusiasmado.*

Oh! Si todos los hombres supieran quan dulce es el reconciliarse!

F I N.

CON LICENCIA.

Barcelona: Por Juan Francisco Piferrer, Impresor de S. M.; véndese en su Librería, administrada por Juan Sellent.